



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Araoz, Ayala, Alonso (J. B.), Arriaga, Añel, Arce, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Marqués), Blasco, Birell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Carvino, Chaves (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Díaz (José María), Díaz Pérez, Durán, Duque de Estrada, Echevarría, (J. A.) Espín y Guillén, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro Flores, Figueroa—Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Martín, Güel y Rente, Guellbezu, Guerrero, Incenga, Harizzenbush, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larranaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guijarro, Lorenzana, Llorente, Lofuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martos, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañá y Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olaverria, Olaverria y Huarte, Ordoñez, Ortiz de Pinelo, Olócano, Pompilio Góner, Palacio, Passarón y Lastro, Pascual (D. Agustín), Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Ros Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Señoría Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viñart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Noviembre de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por D. Carlos Malagarriga.—Páginas argentinas, por D. Héctor F. Varela.—El movimiento religioso (continuación), por D. Nicolás Díaz y Pérez.—Los terremotos, por D. Eduardo Benot.—La Union hispano-americana (continuación), por D. Ramon de Sanjuan.—El diario de un poeta, por D. José de Siles.—Baladas americanas, por D. Ricardo Forá.—Movimiento científico (conclusión), por D. Miguel Morayta.—La cuerda de cábano (novela), por D. Francisco Arráe.—Revista de Madrid, por D. L. Giner Arivau.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

Un suceso de gravedad indisputable ha acaecido en la última quincena, que ha modificado singularmente, sino los términos, la proporción del problema político pendiente. Una pequeña conmoción escolar, que no hubiera tenido la menor importancia á tratársela como otras parecidas que no trascendieron nunca á otro recinto que el universitario, tomó caracteres gravísimos con la invasión de la Universidad por el Cuerpo de Orden público, capitaneado, al efecto, por el gobernador de Madrid. Mancháronse de sangre los corredores y las aulas de la Central: dos catedráticos fueron detenidos aunque por breves momentos; la autoridad del rector no fué ya desconocida sino hollada, y cuando la población alarmada agitose, aunque pacíficamente, mandose á la fuerza disolver los grupos que se formaron en la Puerta del Sol, no habiendo allí las colisiones sangrientas de la Universidad, sin duda por haberse confiado aquella misión á la Guardia civil, que por ser un cuerpo organizado militarmente, no permite á sus individuos las expansiones sangrientas á que tan fácilmente se entregó el de Orden público.

La prensa protestó indignada, y en el primer momento, el más caracterizado de los órganos conservadores protestó como era debido, aunque más tarde ahogaran su protesta los com-

promisos de partido. El gobierno trató—y trata—á la prensa,—como sus agentes habían tratado á los escolares, y 30 ó 35 denuncias demostraron bien á las claras el tenaz deseo del gobierno de sofocar de cualquier modo la protesta de la opinion.

Es más; al volver el rey del Pardo—donde ha pasado casi todo el mes de Noviembre—y al reunirse el Consejo, creyose generalmente que se habia planteado la crisis, y todo el mundo esperó con impaciencia qué solución daria la régia prerrogativa á problema tan complicado. Ya anteriormente se habia hecho eco la opinion de la necesidad de un ministerio de transición ó de espera, que siendo conservador y pudiendo gobernar con el actual Parlamento, cediera algo en la tensión á que han llevado á la cuestión política las intransigencias y provocaciones del gabinete Cánovas-Pidal-Romero. Al efecto, llegaronse á citar los nombres de los señores conde de Toreno y D. Manuel Silvela.

Pero terminó el Consejo régio, y supose con gran extrañeza que no solo no se habia planteado la crisis, sino que los consejeros de la Corona habian desarrollado los más exagerados planes de represión para el caso de reaparecer el conflicto escolar, y víose tambien con asombro que el gobierno declaraba en un periódico oficioso que, para el planteamiento de aquellos, contaba con la omnimoda confianza de S. M.

Tal es el estado actual de la cuestión política: cual sea la salida, no es posible predecirlo. Sí cabe afirmar que es urgente una solución: no es posible vivir la vida ordenada de los pueblos laboriosos y libres con estas continuas alarmas y con la triste seguridad de que los gobernantes no tienen la sangre fría, y el dominio de sí mismos que se necesitan para resolver los conflictos que pueden surgir en lo futuro.

La prensa de Berlin ha dado cuenta de las sesiones de la Conferencia del Congo.

«En la primera sesión, el príncipe de Bismarck pronunció un extenso discurso concerniente al objeto de la Conferencia.

»Hizo notar que Alemania, invitando á los gobiernos extranjeros á hacerse representar en la Conferencia, se inspiró en la conveniencia de que todos los Estados invitados desearian procurar á los naturales de Africa los beneficios de la civilización y poner término á la esclavitud.

»El canciller del imperio, añadió, que la manera de hacerse el comercio desde hace algunos años, entre las potencias occidentales y el extremo Oriente, era un ejemplo digno de ser imitado.

»Declaró que el gobierno habia propuesto por tal motivo, que las relaciones con Africa se establezcan bajo la base de la igualdad de derechos y comunidad de intereses entre todas las naciones.

»Manifestó, además, que Francia se habia adherido por completo al proyecto de Alemania, y que, por lo tanto, el gobierno alemán habia invitado á las otras potencias, haciéndoles conocer el programa de la Conferencia, que tiende á abrir el interior de Africa á todos los pueblos comerciales, y manifestó el deseo de que todas las mercancías destinadas á aquella región, fueran exceptuadas en absoluto de los derechos de aduanas.

»El gobierno alemán presentará en la Conferencia una proposición, concebida así:

»Los monopolios y otros arreglos particulares serán intervenidos.

»Todos los Estados se encargarán de contribuir á la abolición de la esclavitud, y á favorecer y aprobar los trabajos de las misiones y de los establecimientos creados para instruir á los indígenas.

»El canciller del Imperio dijo tambien, que en conformidad á los principios adoptados por el Congreso de Viena, concernientes á la libertad de navegación pluvial, Alemania estaba

dispuesta á arreglar la cuestion relativa á la libertad de navegacion en todos los rios de Africa, por más que la Conferencia no se ocupará más que del Congo y del Niger.

»La importancia de la parte no explorada y no ocupada de Africa, bajo el punto de vista de los intereses comerciales y coloniales, y la posibilidad de las dificultades provocadas entre los Estados por la toma de posesion de los territorios, habian obligado á Francia y Alemania á proponer una inteligencia relativa á las formalidades en virtud de las cuales cada toma de posesion debe ser considerada como real é inatacable.

»La cuestion relativa á las tomas de posesion verificadas, no son de competencia de la Conferencia, y respecto á las futuras, se presentará una proposicion de validez, que será comunicada á las potencias.

»Ijo que en caso de que la toma de posesion fuese inatacable, haria que en cierto plazo, por medio de ciertas instrucciones y ciertas medidas, pudiese ejercer sus derechos y llenar sus deberes en el país ocupado.

»El príncipe de Bismarck terminó diciendo, que la Conferencia no estaria obligada á discutir las proposiciones que no estuvieran consignadas en su programa, y asegurando que la comunidad de intereses de todas las naciones representadas, garantizan el éxito de la reunion de Berlin.»

Cuestion de Egipto.—Sir Stafford Northcote preguntó en la Cámara de los Comunes al gobierno, en la sesion del día 13, si la noticia referente á la prision de Gordon, comunicada al Consejo de ministros francés por M. Jules Ferry, se ha confirmado.

Lord Fitz Maurice contestó que el gobierno no habia recibido confirmacion de la noticia. La única referencia sobre este asunto, se halla en telegrama remitido por sir Evelyn Baring á lord Granville, diciendo que el cónsul francés, por la vía de Masouah y de Tonkin, le anunciaba la toma de Jartum y la muerte de Gordon.

Lord Fitz Maurice añadió que el mismo rumor venia ya desde hace algun tiempo del Nilo. Es inconcebible, segun él, que la noticia, de ser cierta, no hubiese llegado por la línea de Dongola.

Contestando el mismo á M. Wolff que se han hecho muchas negociaciones cerca de la Sublime Puerta, á fin de obligar á Armenia á realizar las reformas prometidas. El sucesor de lord Dufferin recibirá instrucciones sobre este asunto.

Lord Hartington pidió un crédito suplementario para la expedicion del Nilo, y defendió el plan adoptado por recomendacion del general Wolseley y de otras autoridades militares.

El general Wolseley, ha decidido reunir cuanto antes posible en Eebben, 2.000 hombres perfectamente equipados.

Si la actitud de las tribus, es tal como se espera, cree poder hacer avanzar estas tropas hasta Jartum atravesando el desierto.

Aunque el objeto de la expedicion, añadió el orador, sea socorrer á Gordon, nada ha de impedir al general Wolseley que haga lo posible para establecer en Jartum y en el distrito una forma definitiva de gobierno.

En el curso de la discusion, lord Hartington leyó los despachos dirigidos al jedive por el mudir de Dongola, participando que Gordon, en cartas escritas desde Jartum el 24 y 26 de Agosto, y recibidas por el gobierno, dice que tiene viveres para cinco meses, y que tiene intencion de enviar al coronel Stewart, acompañado de los cónsules francés é inglés, á destruir Berber, y socorrer enseguida á Dongola.

Hizo notar además, que las noticias contenidas en esas cartas, parecen confirmar la desgracia del coronel Stewart y de sus compañeros, pero que son satisfactorias en lo que concierne á Gordon.

El crédito fué adoptado.

El conflicto franco-chino sigue en pié aunque se acentúan los rumores de una próxima solucion:

Háblase en pró ó en contra de esta idea; lo cierto es que Francia desea una solucion pronta, pacífica, conveniente para lo porvenir y

compatible con los intereses y la dignidad de la nacion francesa.

Nada positivo se conoce hasta ahora respecto á esas probabilidades, pero el deseo de la nacion vecina, estriba en que se llame la atencion en el Parlamento sobre este asunto.

Ni el Tonkin, ni las inmediaciones de la capital del Celeste Imperio, ni otro sitio que no sea Formosa, puede servir de teatro á la batalla decisiva. Formosa es lo más interesante para los chinos, y desde donde puede amenazarse de muerte. El gobierno de Pekin aceptará todas las proposiciones cuando vea dueños de Formosa á los franceses, y su deseo más ardiente será ver alejarles de la riquísima isla.

Existe otra consideracion digna de tenerse en cuenta.

En Tonkin, el número de chinos es indeterminado, ó mejor dicho, indefinido, y nada puede impedir que de día en día presenten nuevas fuerzas contra el ejército francés. Es imposible, pues, obtener sobre ellos victorias decisivas, á ménos de perseguir á los vencidos hasta el corazon de sus provincias, lo cual no puede siquiera soñarse.

En Formosa, la escuadra china no puede recibir socorros; está habilitada y separada de la Metrópoli, y por lo tanto no puede recibir soldados ni municiones. Cada cartucho que gasta es un sacrificio para ella; cada soldado que los franceses le matan, constituye una pérdida irreparable. Francia la vencerá por completo, si envía al almirante Courbet las tropas que necesita.

Todo viene á demostrar, pues, hasta la evidencia que en Formosa es donde debe acabar la conquista del Tonkin, y donde puede obligarse á China á terminar la guerra.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

## PAGINAS ARGENTINAS

Una pérdida sensible.— Un libro importante

Hace apenas un año que en las columnas de este mismo periódico yo dejaba caer una lágrima de dolor, al anunciar la muerte de una mujer histórica en las márgenes del Plata: la señora Delfina Vedia de Mitre, esposa del ilustre caudillo argentino de este nombre, ligado con brillo á la gran cruzada redentora que ha establecido en aquel hermoso pedazo de América, el imperio de la libertad y de la justicia.

Hoy, cuando el hogar del ex-presidente, del político, del historiador y el hombre de letras está enlutado todavía, un nuevo y tremendo golpe cae sobre su frente, como si la Providencia hubiese querido poner á prueba el temple de aquella alma privilegiada: llega la muerte y le arrebató á su hijo Adolfo Mitre, esperanza que de repente se apaga en medio de las más brillantes claridades.

¡Y apenas tenia veintiseis años, la edad de las ilusiones y del amor!

¡Y acababa de formar un delicioso hogar, uniendo su destino al de una joven bella y virtuosa, que poco antes de su agonía le presentaba con la ternura inefable de la madre, el primer fruto de su pasión bendito!

¡Y tenia un hermoso talento de escritor y de poeta, ciñendo al mismo tiempo la toga de abogado!

En esta edad y en estas condiciones acaba de morir Adolfo Mitre, á quien he visto nacer y crecer en la patria que su padre ayudó á libertar de una tiranía salvaje; y en estas condiciones y á esta edad baja á la tumba, rodeado de las simpatías y del cariño de los que aplaudian al periodista, se deleitaban con los versos del poeta, y gozaban en el trato familiar del que era tierno y bondadoso, y supo hacer de la amistad culto sagrado.

¡Pobre Adolfo!

Si en la hora suprema tuvo conciencia de su próximo fin: si en medio de los dolores y sufrimientos que le anunciaban la muerte, pudo ver á la cabecera del lecho, anegada en llanto, á la tierna compañera, que hacia apenas un año compartía con él las horas felices, y escuchó llegar el llanto angelical del hijo, cuyas caricias iban á ser miel de su vida en

las días futuros, himno de ventura en la intimidad del hogar, Adolfo, al ver desaparecer entre las sombras de la eternidad, ese panorama de luz, de vida, de encantos y de amores celestiales, ha debido dirigirse á Dios, preguntándole con toda la amargura de la desesperacion.

Y, ¿porqué me llevas tan joven?

Y quizás para consolarlo en su tormento, voz lejana bajada del trono de estrellas, le contestaría:

Ven, ven, hijo del alma al lado de la madre que te espera, custodiando el sueño de Jorge (1), por el que también velan hoy los ángeles del cielo, como por el tuyo velarán mañana...

Todos los diarios de Buenos-Aires visten luto al anunciar la muerte del hijo del general Mitre, y todos le dedican palabras de tierno afecto, lamentando que esa viajera implacable le haya arrebatado á la patria, á la familia y á los amigos, á tan tierna edad.

¿Y cómo podía ser de otro modo?

Cuando veo morir á uno de estos jóvenes de la nueva generacion, llenos de talento, de instruccion y de virtudes, consagrados á dar á esa patria nombre y esplendor, me parece ver caer bajo sus bóvedas una de las columnas que sostienen el templo de las glorias nacionales, y apagarse una de las luces que alumbran á la república en el camino de prosperidad y grandeza en que hoy avanza realizando grandes aspiraciones.

Desolado está su padre de esta pérdida irreparable.

Primero Jorje, otro joven de riquísima imaginacion, que prometía ser uno de los primeros poetas del Continente.

Después la tierna compañera de su agitada vida, mujer de excepcionales calidades, que á una belleza deslumbradora, reunía un talento extraordinario, y que, como Delfina Gay—sin duda por llevar su mismo nombre,— escribía con ternura y encanto.

Ahora Adolfo, otro hijo amado, su compañero de tareas en la *Nacion*, y á quien veía crecer con orgullo, contemplando feliz su propia obra.

Tal es el destino del hombre: un día ungiendo por el óleo de la gloria, ébrio de satisfaccion y contento, seducido por todos los halagos: otro día, triste, abatido, y dominado por los grandes infortunios que enlutan el corazon y despedazan el alma.

Pero... Bartolomé Mitre es todo un hombre, y en estas horas de tremenda prueba, sabrá pedir á la resignacion el consuelo y la fortaleza necesarias, para sobrellevar la terrible desgracia que empapa sus mejillas en nuevo llanto.

¡Que encuentre esa fortaleza y ese consuelo! ¡Son los votos de este viejo amigo, que al deshojar una flor sobre la tumba de Adolfo, y pedir para él la paz eterna, envía á su ilustre padre, á través de los mares y la distancia, el eco sincero de la pena profunda con que recibió la triste noticia que ha enlutado á Buenos-Aires!

A otro asunto de índole muy distinto por cierto.

La prensa de la República Argentina es una de las más importantes del mundo, no solo por el extraordinario formato de sus diarios—tan grandes como los mayores ingleses—sino por lo brillante de su redaccion, el tacto con que están atendidas todas sus secciones, y las sumas importantes que gastan en el servicio telegráfico.

Entre los más importantes y de mayor circulacion figura actualmente *El Correo Español*, fundado hace años por Romero Gimenez, y que tiene hoy á su frente, como propietario y director, al Sr. Justo S. Lopez Gomara, quien con su talento, su perseverancia y un trabajo asiduo y constante, ha sabido elevarlo á la altura en que se encuentra.

Ha contribuido no poco á este feliz resultado, que da al Sr. Gamara honra y provecho, la

(1) Jorge Mitre, hermano de Adolfo, muerto antes de su madre.

línea de conducta que se ha trazado allí como *escritor español*, levantando franca y noblemente la bandera de la fraternidad entre España y la República Argentina, y ayudando á ésta en su marcha de progresos materiales, ni más ni menos que si se tratase de *su propia patria*.

Esta conducta le ha hecho simpático á unos y otros, facilitándole su noble propaganda.

Pero no contento el Sr. Gomara con hacerla en su diario—dos veces mayor que *La Epoca*, y el tercero en circulación—acaba de publicar un precioso libro, de cerca de cuatrocientas páginas en *cuarto mayor*, titulado: *Guía de los españoles en la República Argentina*, libro cuya grandísima importancia acaba de encarecer *El Imparcial* en un sensato artículo.

Efectivamente: basta tenerlo en la mano y examinarlo ligeramente para darse cuenta del bienestar de la Colonia española en mi país, de las riquezas que posee, del gran número de asociaciones y centros que ha formado, de la participación directa que tiene en la administración del Estado, ocupando lucrativos destinos; y en una palabra, basta leer el excelente libro del Sr. Gomara para conocer también la marcha próspera y feliz de la República Argentina.

Bajo este punto de vista, al hablar de su obra, cumpla con el deber de agradecerse, pues conocida—como lo va á ser en estos días—el crédito de mi patria ganará mucho en España.

HÉCTOR F. VARELA.

## EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

### CAPÍTULO III

*El clero ruso y el futuro Concilio de Stamboul. — El doctor Michaud y el arzobispo de París. — Alocución de Pio IX á los obispos de Chimi y de Liorna. — Protestantes y papistas. — Humildad de los prelados protestantes.*

#### I

Coincide todo el movimiento separatista de la Iglesia católica, que venimos reseñando en las primeras páginas de este libro, con la actitud siempre digna del clero ruso, que desde muy antiguo no reconoce la autoridad de los Papas. Y en los momentos que estas líneas se escriben, están tratando de hacer una manifestación viva que sirva de llamamiento al clero católico de las demás naciones, á fin de quedar á Roma envuelta en la soledad y el aislamiento; y á este propósito, ante la invitación del patriarca ecuménico, los patriarcas de las otras iglesias orientales del rito griego en Jerusalem, Antioquía y Alejandría, estaban reunidos desde el 15 de Agosto en Stamboul, donde esperaban también al arzobispo de Chipre. Este sínodo, despues de tratar de las cuestiones dogmáticas que le separan de Roma, debe ocuparse también de las diferencias religiosas de los búlgaros y de las demás cuestiones que agitan á la Iglesia oriental.

Mucho podrian esperar de este movimiento que se opera en Rusia los hombres pensadores que viven consagrados al bien moral humano; pero tememos que los reunidos en sínodo en Stamboul toquen las consecuencias que ha de traerles necesariamente la conducta poco cristiana del clero ruso, que está, en parte, en pugna con el sentimiento público, á causa de las exacciones á que somete al pueblo. Entre los diversos abusos y vejaciones tradicionales que mantienen y fomentan la irritación general en Rusia, deben contarse, ya que no en primero, en segundo lugar, los puramente eclesiásticos, cometidos en ciudades y campos por el *pope*.

La cuestión del clero, resuelta en Francia, no lo está todavía ni ha de estarlo tan pronto en Rusia. De todos los puntos del país se elevan quejas contra las exacciones de los curas en el campo. Sin medios materiales de existencia, cargados de numerosa familia, comercian abiertamente con los sacrosantos de la Iglesia, tratando de hacerlos pagar lo más caro posible.

Sin hablar de las visitas que hacen á sus feligreses para sacarles donativos en especie, no exigen más de 15 á 20 rublos para celebrar un casamiento. Hay aldeanos tan pobres, que, cuando tratan de constituir una familia, se ven obligados á vender la última vaca.

En las provincias de Tambof y Smolensk se contratan los precios en la misma iglesia. Si la cantidad exigida por el clero excede á los medios de la joven pareja, la ceremonia queda interrumpida y la bendición nupcial no se verifica. Pero á pesar de la severidad de costumbres de los aldeanos, éstos reconocen como legítimas las uniones que por tales circunstancias se han visto privadas del concurso de la Iglesia.

Por iguales motivos suele á veces retrasarse la sepultura de los muertos hasta la descomposición de los cadáveres. Estos pueden esperar más aún que los vivos, y el sacerdote tiene la seguridad de que al fin y á la postre serán aceptadas sus condiciones. Los que se hallan imposibilitados de pagar los funerales, se ven por lo mismo privados de entrar con los restos mortales en la iglesia, teniendo que llevarlos directamente al cementerio. Compréndese fácilmente cuán perjudicial es á la salud pública semejante estado de cosas, y cómo la prolongada detención de los cadáveres cargados de miasmas contribuye á aumentar la mortalidad en aquellas extensas comarcas.

Cerca de Poltowa un sacerdote ha inventado una especie de gabela particular. Los jóvenes solteros de su parroquia que trabajan algunos días en sus tierras, tienen derecho á casarse sin que la ceremonia les cueste nada.

La precaria situación de los curas del campo es digna de interés; pero es desahogada si se compara con la misera condición de un maestro de escuela. Y, sin embargo, ¡qué diferencia entre su nivel moral y la manera con que ambos ejercitan sus deberes con el pueblo!

Los maestros soportan las mayores privaciones sin que se les pueda imputar un solo acto de presión sobre personas que estén por debajo de ellos. Así es, que los campesinos prefieren el maestro al cura. Hace más de cuatro años que los semstvos estudian la mejor manera de asegurar un sueldo fijo á los individuos del clero, sin que hasta la fecha haya adelantado la cuestión un solo paso.

En la provincia de Saratof los aldeanos han resuelto el problema á su manera. Han hecho un contrato con un cura, el cual se obliga, mediante 900 rublos anuales, á celebrar los oficios, casar, bautizar, enterrar y bendecir á la población entera.

Con esto está dicho todo cuanto pudiéramos exponer para justificar el estado lamentable del clero ruso ocupa hoy en el orden moral de aquel país, y se comprende también el incremento que toman las hondas divisiones que reinan entre el clero y el pueblo.

De aquí también, el que todos convengan en que los acontecimientos actuales de Rusia han dado lugar á la creación de nuevas sectas religiosas. Así es que en la provincia de los cosacos del Don, una virgen profetisa, llamada Xenia Kousmine, recorre el país, acompañada de doce apóstoles, y predica su nueva religión, que condena el matrimonio, niega toda autoridad al clero, prohíbe darse mutuamente la mano en señal de amistad y alimentarse con carne.

La profetisa tiene 25 años, come con sus apóstoles y no bebe más que té, pues su religión no permite tomar vino. Generalmente, se alimentan de chucherías. Al concluir la comida, los comensales están autorizados para dar el beso de paz á la profetisa, pues la única manifestación de viva simpatía que se prohíbe en esta religión es el apretón de manos, tan corriente en buena sociedad.

De continuar como hasta aquí el clero ruso, su desprestigio será cada día mayor, y las nuevas sectas brotarán de todas partes.

A cortar tanto abuso como se vé en esta parte de clero poco generoso y menos dado á la vida de la virtud, se reunirán los teólogos más notables de la Iglesia rusa, en Stamboul, dispuestos, no sólo á tratar de las cuestiones relacionadas con la supremacía del Pontífice de Roma, sobre todas las Iglesias cristianas, si que

también de la cuestión disciplinaria, que bastante importancia tiene hoy por hoy en Rusia, para los amantes de la moral.

Muchos temores abriga el clero romano por las resoluciones del sínodo de Stamboul, y á juzgar por los rumores de los periódicos franceses, en él se agitarán grandes cuestiones que han de afectar muy directamente al papado, por lo cual el clero francés que está por la reforma y ha entrado de lleno en el movimiento religioso, tiene sus ojos en los prelados congregados en Rusia, pues sabido es que el movimiento separatista se está manifestando en Francia de una manera sorprendente. A Mr. Renan siguió el padre Jacinto, y á este el célebre doctor Michaud, canónigo de Chalons y vicario de la Magdalena de París.

#### II

El canónigo Michaud ha dirigido una carta muy notable al arzobispo de París, recordándole cuando siendo obispo de Viviers, en 1845 á 1853, no tenía reparo en manifestar sus sentimientos y sus doctrinas anti-infalibilistas y contrarias en un todo á las del papado. Las declaraciones del canónigo de Chalons son harto significativas para que dejemos de consignarlas aquí en sus principales párrafos, que son estos:

«Antes era la Iglesia católica la unión de todas las iglesias particulares: y hoy día es la misma Iglesia católica, según su eminencia y sus partidarios, nada más que Roma, y Roma á sus ojos es el Papa, el Papa sólo. Así que, según vos y vuestros partidarios, el catolicismo es el papismo, y la Iglesia de Jesucristo es el individualismo de un individuo. No se trata ya de ninguna manera para vos de Jesucristo, sino de su vicario; su vicario que se ha hecho su señor, porque para vos el Evangelio está sujeto á la definición que da el Papa de él. Así es, monseñor, el único y verdadero sentido de la infalibilidad, el de la omnipotencia universal del Papa, que el Concilio romano ha decretado como artículo de fé. Es un camino completo de bandera.»

Mr. Michaud prosigue despues diciendo:

«... ¡De cuánta deshonra se cubriría un soldado de Cristo que ha jurado lealtad á la bandera católica en la vida y la muerte, y consintiera que fuese despedazada y profanada de tal manera, que ya no significará más el catolicismo sino el ultramontanismo! ¡No más la unión de todos los fieles, sino el absoluto, omnipotente é infalible arbitrio de una persona! ¡No más el Evangelio de Jesucristo, sino la Bula de un Borgia del pasado ó del porvenir! Yo, por mi parte, monseñor, nunca me haré culpable de un pecado tan grande.»

«Por esa razón, tengo el honor, al mismo tiempo que envío á monseñor de Chalons mi dimisión de canónigo honorario de su catedral, de enviar á su eminencia con esta carta mi dimisión como vicario de la Magdalena. Yo sé, monseñor, lo que me costará esta resolución; pero el gozo de un deber cumplido, equivale al sentimiento de cumplirlo. Si al excomunión que vos, sin duda, lanzareis contra mí me separa del cuerpo y del alma de la Iglesia católica, la temeraria. Pero semejante excomunión no está, gracias á Dios, en su poder. Todo lo que vos podeis hacer, es separarme de la Iglesia ultramontana, y esto es, en verdad, excusado, porque nunca he pertenecido á ella, y siempre he confesado que un abismo separa al catolicismo del ultramontanismo...»

Ya se conoce la entereza del venerable párroco de la Magdalena, y su arrogante carta viene á aumentar el número de sacerdotes afiliados á la Iglesia cristiana. Pero aparte de las consideraciones á que nos llevaría la carta que nos ocupa, no deberemos pasar en silencio las declaraciones que se hacen por su autor al final de la misma, y las cuales, dirigidas al arzobispo de París, dicen así:

«1.º Yo soy católico y seguiré siendo católico, no según las resoluciones heterodoxas del ultramontanismo, sino solamente según el principio ortodoxo del antiguo catolicismo, que es la única verdadera regla de la fé, y que

«San Vicente de Lerins ha fijado admirablemente. Lo que en todas partes, siempre y por todos ha sido creído, *quod ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.*»

«2.º Yo soy sacerdote y seguiré siendo sacerdote. Obligado por el momento á reconocer en vos, no la fuerza del derecho sino el derecho de la fuerza, no podré ejercer mi sacerdocio en las iglesias que vos, gracias á la ignorancia de los fieles, cerrareis para mí. Pero el lugar no influye en el efecto de los sacramentos. A todas partes á donde me llamen fieles, pobres ó ricos, yo iré.»

«A cualquiera que lo desee yo le daré los sacramentos de la Penitencia, del Bautismo, del Matrimonio, de la Santa Cena y de la Extremaunción. Yo acompañaré á los difuntos á su última morada y rezaré allí las oraciones de la Iglesia. La misa ya la diré en mi casa. Así lo hacían los prisioneros cristianos en tiempos de la persecucion. Nada nuevo hago: imito solamente. Si, me aprovecharé de los derechos que me da la persecucion, como tambien sabré soportar sus ultrajes.»

«Si puedo hablar y predicar, hablaré y predicaré. Entre tanto, escribiré; escribiré para desarrollar lo que vos guardais en secreto y para mostrar al mundo dónde está la Iglesia verdadera; y no solamente escribiré, sino más aún, mis amigos y yo trabajaremos...»

Jamás contra el poder del papado se han fulminado censuras más enérgicas, ni se han tomado decisiones más razonadas que éstas, y con verdad que si algunos párrocos y preladitos imitaran la conducta del doctor Michaud, los papistas habrían terminado tiempo hace. Pero el movimiento sigue en todas partes. Las conferencias que sostiene en Munich, el doctor Dœellinger; la disolucion decretada por el gobierno italiano de la *Sociedad para los intereses católicos*; la expulsion de los jesuitas, por parte del Gobierno prusiano; las adhesiones que diariamente recibe el *Comité central de católicos de Roma*, la resolucion de la cuestion de armonía, en que se ve al sultan fallando á favor de los *excomulgados*, y condenando al Patriarca papista, monseñor Hassonn, nos revela bien claramente que el papado lucha con su postrimera agonía.

### III

A donde se vé esta verdad más y más claramente, es en la allocucion que Pío IX dirigió el 29 de Julio á los obispos de Chimi y de Liorna, en el acto de proveer algunas sedes vacantes. Pío XI, con el despecho que respira en todos sus actos, por la desesperacion en que le hace vivir la posicion difícil que cada vez le estrecha más y le pone en mayor evidencia con los pueblos más cultos del mundo, dice entre otras palabras:

«Veo con placer á los obispos de Chimi y de Liorna aquí presentes, y puesto que hablo de estas dos diócesis, debo decir algo que sea oportuno. Diré que las he bendecido á entrambas cuando pasé por ellas en direccion á Toscana.»

«En cuanto á Chimi, la bendije desde la puerta, á donde llegué bastante tarde; así es que Pienza, sede reunida, fué bendecida desde lejos durante mi trayecto.»

«Al fin, con la ayuda de Dios, llegué á Liorna. Entré en esta ciudad, y llegué hasta la plaza. *Os recordaba con este propósito que Liorna ha encerrado siempre en su seno malas gentes; el pueblo es bueno, pero entre el pueblo hay algunos malintencionados.* Dudamos si convendría entrar, temiendo algun desorden. El gran duque mismo vacilaba, y hubiera deseado que no entrase en Liorna.»

«Esperamos que esta fé se avivará especialmente en Liorna. Y á la verdad que si la bendicion del Papa debe producir siempre saludables efectos, esto debería suceder sobre todo en Liorna, que no sólo ha sido bendecida una, ni dos, ni tres veces, sino hasta diez.»

«A pesar de todo, aún restan ciertos *vagamundos y de este país nos ha venido cierto PERIODISTA JUDIO quen, no contento con intrigar en Roma, ha ido á trastornar la paz de Frascati* (1).»

(1) No sabemos á quien dirigirá esta indirecta *evangélica* Pío IX, el apóstata.

«Esperamos que San Pedro, que es un Santo poderoso, venerado en la catedral, querrá defender la ciudad de Frascati y abortará las intrigas del perturbador.»

A propósito hemos subrayado algunas palabras de Pío IX que están en perfecta contradiccion con la mansedumbre y la caridad evangélica de la religion de que él se llama Sumo Pontífice. Y es que está ciego de furor fanático Pío IX, y esta ceguedad misma no le deja la serenidad del alma, la tranquilidad de espíritu que han gozado siempre, en tiempos normales, los santos que en otras épocas, de feliz recordacion para la Iglesia, disfrutaban. Aquí sucede una lucha desesperada, cruel, entre el hoy ya ilusorio poder del papado y los verdaderos intereses del mundo *cristiano*. Divorciado el Papa en el siglo actual, tiene que excomulgar todo lo presente, donde no ve más que la muerte de su institucion abusiva.

### IV.

Y este ejemplo tan pernicioso que nos da Roma, resistiendo una lucha tan formidable con lo más ilustrado del clero universal, ha despertado serias rivalidades entre las demás escuelas cristianas, algunas de ellas, como la protestante, con los mismos defectos, con iguales vicios que la romana. Y de ahí, que disputándose ambas escuelas el derecho de la verdad, se repiten escenas deplorables, unas veces en América y otras en Europa.

Es preciso retroceder á Saint Barthelemy para encontrar algo parecido al furor de que se hallan poseidos, por desgracia, católicos y protestantes en las escenas espantosas que continúan con mayor intensidad en Belfast. Para dar una idea de la exaltacion de los ánimos, citan los periódicos ingleses el hecho de que un protestante, casado con una católica que le amaba mucho, ha recibido diferentes puñaladas de manos de su mujer, furiosa de haberle visto tomar parte en una demostracion orangista, en memoria de la derrota de Jacobo II y de los católicos. Pero apresurémonos á decir que no alcanza á estos la responsabilidad de la iniciativa en escenas impropias de nuestro tiempo, y que tuvieron convertida á la segunda ciudad de Irlanda, durante ocho dias, en un verdadero campo de Batalla.

Belfast, poblacion de 120.000 habitantes, es como el centro protestante de Irlanda, y raro es el año en que las fechas del 12 de Julio y 12 de Agosto, aniversario de la derrota de los católicos por los protestantes, no sean ocasion, como lo fueron el año último en la capital de Irlanda y aún en los Estados-Unidos, de sangrientos conflictos. Este año pasado las autoridades habian resuelto no mezclarse en las demostraciones de católicos ni protestantes, y dejar en entera libertad á las poblaciones, siempre que no se turbase el orden. La Asociacion católica habia secundado los deseos de la autoridad, dando una proclama en este sentido, y el 12 de Agosto, aniversario de la derrota de Jacobo II, delante de Derry, los protestantes pudieron realizar sin graves desórdenes su manifestacion profesional en Dublin y demás pueblos de Irlanda.

Los católicos, tres dias despues, el de la Asuncion, al salir de los templos, formaron sus procesiones, llevando cintas verdes en los sombreros y en las levitas, y precedidos de banderas cubiertas de inscripciones puramente en favor de Irlanda. A pesar de las proclamas de la Asociacion protestante, reclamando para los católicos la libertad de que habian disfrutado el dia 12 los orangistas, éstos se arrojaron contra los católicos, y por más esfuerzos que la policia y las tropas hicieron, la lucha tomó proporciones inmensas. Siguió con cortos intervalos de descanso, desde la tarde del dia 13, y la agitacion y la efervescencia, como los combates en las calles, adquirieron proporciones colosales, Belfast se halló en plena guerra civil, y las gentes de uno y otro partido, de una y otra religion, iban como furiosos, demoliendo los unos las casas y los edificios públicos, saqueando los protestantes todo el barrio católico, incendiando sus tiendas y destruyendo las mercancías. A su vez los católicos maltrataron é

hirieron á cuantos no hacían la señal de la cruz ó no llevaban un distintivo católico.

Todos los esfuerzos hechos para dominar el desorden fueron inútiles. Los generales Varre y Duncan, reuniendo numerosas fuerzas de varios puntos de Irlanda, ocuparon militarmente la ciudad, donde el consejo municipal proclamó la ley marcial. La Asamblea de los magistrados de la ciudad dividió ésta en distritos militares, en cada uno de los cuales se estableció un comité de salvacion pública, á fin de no retardar las medidas de seguridad. Se mandaron cerrar todas las tiendas y establecimientos públicos, autorizando las visitas domiciliarias y prohibiendo toda reunion en la via pública.

No obstante las cargas y el fuego que hizo la caballería, la infantería y la policia, las luchas, especialmente á pedradas, siguieron entre las masas exasperadas, y á cada instante entraron en los hospitales heridos ó moribundos. Este estado belicoso no termina por ahora y amenaza reproducirse á cada momento.

Hay una esperanza, no obstante, para que este estado termine, y la Irlanda, convertida en otro campo de Agramante, se vuelva un Paraíso Terrenal. Esperan que Pío IX mande por el telégrafo una bendiccion á los católicos romanos y una excomunion contra los protestantes, y así la exasperacion entre protestantes y católicos irlandeses será mayor, y la lucha de Belfast se comunicará á Dublin á Derry y á otras muchas capitales de la Irlanda, donde la ceguedad de los unos y el fanatismo de los otros pueden hacer muchas víctimas y sembrar el luto y la desolacion en miles de familias.

Únese á este mal estar que ha sembrado el clero en Irlanda, otra cuestion que afecta más directamente el orden social de aquel pueblo, hondamente conmovido por estas luchas religiosas, cuestion que explica algun tanto el estado social de la Irlanda y el peligro que amenaza á Inglaterra de una guerra civil.

En Irlanda existen más de 17.000 familias de colonos que viven á merced de los lores herederos de los sajones y normandos que la conquistaron.

Las persecuciones más sangrientas que han sufrido datan desde que murió la iglesia anglicana, dando principio en tiempo de Enrique VII, es decir, desde hace tres siglos.

Durante el reinado de Isabel de Inglaterra se dictaron leyes que dieron á la nobleza la posesion de 30.000 acres de tierra.

Los soldados de Cromwell, ó sea la nobleza revolucionaria, se repartieron despues, por medio de leyes agrarias, ocho millones de acres de tierra.

De manera que la nobleza inglesa es poseedora de casi toda la tierra laborable de la Irlanda.

Las leyes eclesiásticas son además irritantes.

El niño católico que se queda huérfano es sometido á la tutoria de un protestante.

Si el primogénito de una familia católica irlandesa abraza el protestantismo, la ley le hace dueño de la fortuna de toda la familia.

Sería esfadoso enumerar las leyes tiránicas que afligen á ese desventurado país.

No obstante, las revoluciones provocadas por O'Connell, y las grandes manifestaciones por Parnell, y las leyes reformistas que una á una y con gran trabajo se han ido obteniendo, la suerte de los campesinos es la misma.

Los jefes de las actuales agitaciones son los diputados irlandeses Parnell, Fístgan, O'Connor y Powell.

### V.

Por lo demás, los obispos protestantes han dejado muy atrás á los obispos católicos en punto á mansedumbre, desinterés y pobreza evangélica. Son unos pobrecitos que tratan de imitar á los apóstoles, de quienes se llaman sucesores y que emplean sus pingües rentas y emolumentos en obras de caridad. Tres obispos han muerto en estos últimos quince años y han dejado á sus hijos la friolera de 700.000 libras esterlinas (17.500.009 pesetas).

El obispo de Clogher, que fué á Irlanda sin un real, dejó á sus herederos, despues de ejer-

cer durante ocho años tan sólo su ministerio pastoral, 400.000 libras esterlinas.

El obispo de Hayne dejó una fortuna de 120.000.000 de libras esterlinas, y sin duda por esto el cardenal Merode, le comparó irónicamente al kedive de Egipto.

En fin, un obispo de Galles, uno de los pobres de la Gran Bretaña, encontró medio de hacer en muy pocos años una fortuna de 100.000 libras esterlinas (2.500.000 pesetas).

Convengamos, pues, todos, en que aquí católicos y protestantes son iguales (1) y están dispuestos á sacrificar la paz y el reposo público por la loca vanidad, por el orgullo tonto y mala fé, siguiendo una conducta harto reprehensible ante los hombres de sana moral, que en algo estimen la mansedumbre evangélica y las doctrinas de paz y caridad que difundía el mártir del Gólgota, y que sin ser del todo buenas, son las mejores que hasta ahora religion alguna ha predicado.

Hemos ido más allá de donde debiéramos haber llegado, en estas consideraciones de protestantes y católicos, y deberemos volver al primitivo asunto que nos ocupa en este estudio; pero este capítulo se va haciendo demasiado largo.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

## Los terremotos

### I

La catástrofe de Ischia causó honda consternación. Cinco mil víctimas, adornadas de oro y de diamantes, sepultadas repentinamente entre las ruinas de lujos edificios y de salones de conciertos, en una noche de atmósfera serena y en un clima encantador; cinco mil víctimas relacionadas en su mayor parte con los órganos de la publicidad periódica, excitaron naturalmente la comiseración pública con un interés excepcional. La prensa no científica dijo que en los tres años últimos los terremotos y los temblores de tierra se venían sucediendo con frecuencia alarmante, y el temor de que análogas desgracias pudieran sorprendernos, hizo citar las conmociones del suelo en Julio y Agosto de 1881 en Manila y su territorio; las de Carintia y Kief á fines del mismo año; las de Italia, isla de Chio y litoral del Asia Menor, California, Costa Rica y China hacia un año ó poco más; las recientes trepidaciones en Rusia, Austria, los Alpes y los Pirineos; y, sin ir más lejos, las ocurridas en nuestra misma Península en Ciudad Real, Almería, Archena, Mércia y Granada; así como las sentidas por primera vez en la época moderna en Londres y París.

A la catástrofe de Ischia no tardó en seguir el inmenso cataclismo de la Isla de Java, y entonces la alarma no conoció límites.

Segun los periódicos, en la bahía de Lampug la destrucción fué completa en una extension de 8 kilómetros. La lava invadió de tal modo el rio Jacatana, que las aguas se abrieron nuevo cauce. La isla de Anius se inundó enteramente, en parte la de Midah; y en las de Bady y Tjiringin perecieron todos los habitantes. El estrecho de la Sonda no fué navegable ya por los mismos parajes que anteriormente; porque el fondo varió con el hundimiento de la isla de Krakatoa. Las ondulaciones del agua del mar producidas por la dislocacion de tantas islas se propagaron de Mauricio á California. El número de muertos de resultas del espantoso cataclismo se estimó al principio en 30.000...; despues algunos periódicos lo hicieron ascender hasta 100.000!

\*\*

Pero la prensa que tanto se alarmó ignoraba que la superficie de nuestro planeta está siempre experimentando movimientos, ya en un punto, ya en otro. Hoff registró de 1821 á 1836 un terremoto por mes. Fuchs dedujo, de noticias recogidas de 1865 á 1873, que no hay día en que no experimente la corteza terrestre algun sacudimiento. El famoso Humboldt

(1) Hasta los que no son cristianos siguen el ejemplo de protestantes y católicos. Quizás por algun acto de desagradío los libre-pensadores de Lyon han tenido el delicado gusto de colgar dos cajas de inmundicias en los brazos de la cruz de la Guillotiere.

Algunos suponen que es el cumplimiento de algun voto ofrecido á la Providencia, para que les libre de la mucha maledicencia de los ultramontanos.

habia dicho ya que no pasa un sólo instante sin alguna sacudida.

La imaginacion abulta y exagera la proximidad de los peligros, y con tantos más visos de razon; cuanto que sábios de nota salieron anunciando que los terremotos habian de continuar, fundándose unos en que hay relacion entre las dislocaciones del suelo y el aumento de las manchas del sol—que entonces iban á su maximum,—y otros, en que, habiéndose acumulado considerablemente los hielos en el polo Sur de la tierra, este acumulo de masa pesada en un punto del planeta, tenia que causar necesariamente diferencias de presion en la corteza terrestre, que habian de traducirse en dislocaciones del suelo.

\*\*

Verdaderamente no habia razon científica para tanta alarma; y más seguro es que hemos de morir de los accidentes comunes que amenazan á cada instante nuestra existencia, que no aplastados bajo los escombros de nuestras casas, derribadas de repente por una convulsion del suelo.

II

La superficie de la tierra está en continua agitacion, aunque nos parezca la imagen de la estabilidad. Hay puntos como Copiapo en Chile, donde los temblores de tierra ocurren diariamente de un modo impresionante. En otras regiones los temblores acontecen con frecuencia suma, como en las islas Filipinas. En la mayor parte del planeta, la agitacion de la costa terrestre sólo es perceptible por medio de instrumentos delicados y de invencion reciente, llamados sismómetros ó sismómetros—de una raíz griega, *seismos*, que significa propiamente *zarandeo*, movimiento de una criba.—Casi todos los sismómetros del día consisten en un gran peso suspendido verticalmente. Si el suelo se mueve, el peso se pondrá en oscilacion, y si aparatos de precision registran mecánica ó fotográficamente la direccion y la amplitud de las oscilaciones, se tendrán datos seguros acerca de la agitacion experimentada por el suelo de la localidad; y, comparado ese dato con el de otras localidades, podrá venirse en conocimiento del punto de donde partió el impulso y del área á que se extendió.

Los aparatos sismográficos registradores acusan movimientos diarios de la corteza terrestre en todo el globo, variables segun las estaciones, coincidentes en determinada direccion en algunas localidades (hacia Occidente en Neuchatel, Greenwich y Cambridge) y segun otras direcciones en otros observatorios: pero los datos recogidos hasta ahora, no son sino los primeros materiales para la formacion de una futura ciencia que se llamará sismología y á cuyas primeras tentativas se ha dado en Italia el nombre de *meteorología endógena*, para diferenciarla de lo meteorología exterior ó atmosférica, á la que, por contraste con la *endógena* ó interior, se ha llamado tambien *meteorología exógena*.

Sin embargo, las observaciones recogidas, aunque escasas, han dado suficiente motivo para creer que un terremoto es el tránsito de una onda ú ondas de comprension elástica en una direccion cualquiera desde la vertical hacia arriba hasta la horizontal en cualquier azimut á traves de la corteza terrestre. Esta onda ú ondas pueden partir de uno ó más centros de impulso, y pueden ó nó ir acompañadas de movimientos de la mar, dependientes de la intensidad del impulso y de las circunstancias de posicion entre las tierras y los mares.

Esta definicion de la onda es debida á R. Mallet.

\*\*

Los sismólogos dividen las convulsiones del suelo, como desde hace siglos las han dividido los españoles de la América del Sur—en temblores de tierra y en terremotos.

En los temblores, el suelo oscila sensiblemente durante algunos segundos; los objetos no bien seguros caen á tierra, las lámparas colgadas oscilan, algunas puertas se abren ó se cierran, tal vez se raja ó agrietan las paredes...; pero el daño no se extiende á más. Estos temblores de tierra ocurren la mayor parte de los días del año en muchos puntos de la América del Sur: de Chile, por ejemplo.

Pero nada tan terrible como la segunda clase de convulsiones terrestres, los terremotos. La tierra oscila como las olas del mar, ó se levanta de abajo á arriba repetidas veces, cual si gases comprimidos quisieran volar el techo de una gran caverna: caen las casas y los muros de los más fuertes edificios de repente y en espantosa confusion: al fragor de los sillares que se chocan con golpe tremebando, de los techos que se tronchan, de los menesteres del lujo y de la necesidad, que se hacen añicos... se mezcla el

grito desgarrador de los que mueren y el penetrante alarido de los que aún viven apesados en los escombros. La tierra se abre, y de las grietas brota agua. Hasta los pájaros huyen. Si el terremoto ocurre á orillas del mar, el mar se retira para volver á los pocos minutos como tromba inmensa, y cubrir con sus aguas cuanto nose encuentre á más de cincuenta piés de altura sobre el nivel de la pleamar. La conmocion marina se transmite á enormes distancias. En el reciente terremoto de Krakatoa, la onda marina se hizo sentir desde Africa hasta California.

En estas gigantescas irrupciones marinas, ni aun los barcos se salvan... ¡No cabe más horror! A veces anuncian el terremoto bramidos subterráneos. Otras veces nó: nada lo anuncia, como en Ischia acaba de suceder.

Suelen los terremotos extenderse á distancias inmensas; en el de Chile de 1835 la convulsion terrestre se sintió en un radio de más de doscientas leguas. En el gran terremoto de Lisboa de 1755, las inundaciones del mar llegaron hasta Cádiz. En Europa no se recuerda terremoto más destructor que el de 1755. La ciudad de Lisboa quedó arruinada, y en sus escombros perecieron más de 30 000 de sus habitantes. Mesina quedó destruida en 1783, y no ha sido posible calcular el número de los que murieron en la parte Sur de Sicilia y en los campos de Calabria. El primer día de 1837, la Siria fué castigada de un horrible terremoto en que Damasco, Acre y Tiro padecieron considerablemente y en que Tiberiade y Safec quedaron enteramente derruidas. En el reciente terremoto de Krakatoa han sucumbido más de 100.000 personas.

\*\*

Hay regiones terriblemente visitadas por estas grandes ondas sísmicas. En el antiguo reino de Nápoles, durante los tres cuartos de siglo transcurridos desde 1783 á 1857, perecieron, por efecto de los terremotos, 111.000 personas: más de 1.500 cada año. Verdaderamente, el hombre no pertenece á una raza de cobardes; pues que goza viviendo en los lugares de peligro.

El archipiélago indico está sujeto á continuos terremotos; pero aún más lo está la América del Sur. Guatemala, despues de un horrible terremoto en 1717, se vió arrasada en 1773. En Caracas más de 12.000 de sus habitantes quedaron sepultados en las ruinas del espantoso terremoto de 1812, algo ménos destructor que el inmediato de 1826. Bogotá sufrió mucho en 1827; 40.000 personas murieron en el terremoto de Quito y Riobamba en 1797. Lima fué primeramente destruida en 1687, y despues por segunda vez en 1746, cuando el mar cubrió el Callao, sumergiendo á todos sus habitantes. Valparaíso vino á tierra en 1822...; pero ninguna ciudad ha sido tan infeliz como Concepcion, destruida por los terremotos y las invasiones del mar en 1730, en 1751 y en 1835.

III

Los antiguos historiadores hablan poco de las terribles catástrofes producidas por las invencibles convulsiones del suelo; pero, por las escasas noticias que pueden obtenerse, especialmente en Tucúides, bien se echa de ver que entonces no eran ménos espantosos que en la actualidad los efectos de los impulsos interiores que parten de las entrañas de la tierra. La descripcion más detallada, acaso, de uno de estos terribles fenómenos es la de la primera erupcion del Vesubio, que consta de la epístola de Plinio el jóven á Tácito, dándole cuenta de la muerte de su tío el incomparable sábio Plinio el viejo.

\*\*

¿Cuál es el origen de los terremotos? ¿Cual su causa?

Verdaderamente no hay ciencia aún.

La sismología empieza á registrar algunos hechos, que solo indican relacion con el modo de producirse los fenómenos.

Hasta hace poco, los astrónomos querian ver coincidencias cósmicas con la aparicion de los cataclismos; y los geólogos deseaban explicarlo todo por razones puramente telúricas. Segun sus especiales modos de ver, si el núcleo de la tierra es candente y fluido, y si, por cualquier causa, hay en el interior del planeta grandes lagos de rocas fundidas, las posiciones de la luna pueden ocasionar allí modificaciones en el centro de gravedad, y hasta ondas interiores de marea. Si la mayor ó menor cantidad de manchas solares ejerce en nuestro globo influencias eléctricas, esas influencias podrian traducirse fácilmente en ondas sísmicas. Los grandes fenómenos de la nutacion de la luna, y de la precesion de los equinocios, tienen, ó habrán tenido influjo en la historia de la tierra.

Un oficial de la marina francesa, Mr. Delauney,

fundándose en los movimientos de Júpiter y de Saturno, presentó á la Academia de ciencias de París en 1877 y 1879 trabajos acerca de los terremotos, anunciando grandes sacudidas terrestres para Abril ó Mayo de 1878, para 1883, para 1886, y para otras épocas también en lo que resta de siglo. Y sucedió que precisamente el 2 de Mayo de 1878 hubo violentos temblores de tierra en Alsacia y Suiza; el 10 y los siguientes días en las islas Sandwich; y el mismo 10 en Perú, Bolivia y casi toda la América del Sur; algunos tan violentos que la ciudad de Iquique quedó totalmente destruida. En 1883 han ocurrido los desastres de Ischia y de Java... ¿Ocurrirán también los predichos para 1886, y anunciados como inmensamente más destructores que los recientemente ocurridos?...

La Academia de ciencias juzgó coincidencia pura el cumplimiento de las predicciones (?) del marino Delauney; quien fundándose en que el acaso está á su favor, insistió en sostener sus terribles vaticinios para 1886; pero los hombres dedicados á esta clase de estudios continúan creyendo que no hay aún verdadera ciencia seismológica; que no existen fundamentos de predicción á larga fecha; que tal vez haya algo de verdad en las influencias cósmicas, especialmente en la sospechada acción de las manchas solares; pero, que á causas telúricas solamente debe atribuirse la naturaleza y el origen de las conmociones del suelo y de las horribles catástrofes á que las de Ischia y Krakatoa han dado tanto interés de actualidad.

EDUARDO BENOT.

## LA UNION HISPANO-AMERICANA

### Conclusion del capítulo primero

Después de haber dirigido algunas oraciones al Cielo, por la dicha de ver realizados sus deseos, desembarcaron en una isla pequeña á la cual le dieron el nombre de San Salvador. Colon extendió su vista por toda aquella superficie de tierra, y llegó á creer que se encontraba en el paraíso prometido por Mahoma á los musulmanes; arbustos de un verdor distinto al de Europa, ríos, pájaros de diversos colores inundaban la tierra y el espacio, y el olor de las resinas se esparcía por el aire; en este momento de contemplación absorta, se presentaron multitud de salvajes completamente desnudos que, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaban con asombro á nuestros intrépidos navegantes; ya se ve, ellos mirábase unos á otros y veían su cuerpo cobreño, sus largas y desaliadas melenas y sin ninguna clase de ropaje.

Colon, llevando el estandarte de los reyes de Castilla y Aragon, tomó posesion en nombre de sus soberanos de aquellas tierras, y por medio de señas pudo entenderse con un indigena, el cual le manifestó, que dando la vuelta á la isla, llegaría á otra isla perteneciente á un rey muy poderoso que poseía grandes riquezas y tesoros. Colon mandó aparejar las carabelas, y se dirigió á la tierra indicada por el indio.

Colon fué costeando la isla de San Salvador por espacio de algun tiempo hasta que al fin se lanzaron al Océano, y el 15 de Octubre descubrieron una isla que la llamaron Concepcion, descubriendo luego otras, como Fernandina, la Isabela, y por fin la Isla de Cuba, cuyos habitantes hicieron una buena acogida á los españoles, estableciéndose entre ambos el cambio de diversidad de productos; mas el corazon del almirante vióse pronto dolorido á causa de que Martin Alonso Pinzon, capitán de la *Pinta*, se separó de la escuadra de Colon, desapareciendo bien pronto en el horizonte. Colon continuó costeando á Cuba, y admiraba en ella la riqueza del suelo, la belleza de su Cielo y el esplendor de la naturaleza; y desviándose de las costas de Cuba descubrió una isla grande, cuyos productos y topografía parecióle igual al de España, y le dieron el nombre de Española ó Haiti. En 25 de Diciembre perdió Colon la *Santa Maria* á causa de haberido á chocar en un banco submarino, parecia que la suerte adversa no le habia dejado todavia de la mano; pero á pesar de todo, en vista de los sucesos, y no pudiendo pasar más adelante, se decidió hacer pié á tierra, donde fueron bien recibidos por los indigenas y sus jefes. Sin duda Colon deseaba volver á España, y desde el puerto Natividad, salió el 4 de Enero de 1493; después de algunos dias de navegacion, vieron venir hácia ellos un buque que por su porte no podia ser otro que la *Pinta*, en efecto, ella era: ésta, no habiendo podido conseguir nada, y comprendiendo su capitán que no le era posible seguir independiente en aquella situacion, puesto que aun cuando ellos hubiesen querido arrancar inmensos tesoros de los países que descubriesen, como no conocian ciertamente la distancia en que se encontraban de Europa, hubiesen sido inútiles todos los sacrificios, puesto que no sabian volver á España.

Colon recibió á Martin Alonso con afabilidad y cariño; almas grandes que no conocen el ódio. Continúo su marcha, y en el Cabo de Cabron, se encontraron repentinamente sorprendidos por una gritería inmensa: eran los naturales que se preparaban á la lucha; sin duda debió comprenderlo asi Cristóbal Colon, cuando que dió orden de armarse y prepararse para el combate, mas no tuvieron que verter la sangre de aquellos infelices; al día siguiente aparecieron los indige-

nas otra vez en las costas; pero parecian más sosegados, llevando entre varios un magnifico regalo para el almirante como prueba de paz y de concordia que le ofrecia el cacique Mayonabex; consistia éste en la diadema real, toscamente cincelada, representando dibujos alegóricos á la guerra, pero ciertamente pesaba una cantidad bastante considerable de oro. Colon recibió esta manifestacion de sumision, y dijo á los embajadores del cacique que manifestasen á éste que sus reyes le daban gracias.

Era mucho el deseo que se manifestaba en los marineros por volver á la tierra, en donde vieron la primera luz del Sol, deseo que también sustentaba por su parte el almirante, no tan sólo por ver á sus hijos, sino para manifestar que habia llegado al punto deseado, encontrando países desconocidos, y para demostrarlo, cogió una media docena de aquellos infelices y los embarcó con el exclusivo objeto de llevarlos á España, para que ésta, y con ella el mundo, viera la realidad de sus descubrimientos; sólo por esta causa es dispensable acto tan duro como el de arrancar de aquellos países á los que durante toda su vida habian corrido sus montañas, cruzado sus rios, surcado en canoas sus mares, dejando quizá para siempre á los seres queridos, y llevarlos á tierras desconocidas donde nada amaban, ni á nada tenían afecto; pero como hemos dicho antes, es disculpable, en parte, si lo miramos bajo el punto de vista de que los capturaron con motivo de presentarlos á la corte, como prueba irrecusable de su victoria.

El 12 de Febrero salieron para la madre patria llenos de júbilo todos en general, y uno en particular. ¡Cuántas cosas el marino tenia que contar á la familia, al amigo! ¡Cuántas cosas Colon tenia que relatar al mundo! Arrojarle al rostro incredulidad é ignorancia, causada por los padres de la Iglesia, que no creían ni querían que creyesen lo contrario de lo que los santos nos dicen, sin tener en cuenta que San Agustín y otros pueden ser muy doctos en muchas materias, pero que pudieran estar equivocados en ésta; á más, el hombre es siempre hombre, y está propenso al error, aun cuando ese hombre fuese un santo varon, no es nuestro objeto entrar en materia teológica, y, por lo tanto, abandonaremos por ahora este camino escabroso, para ocuparnos de lo que nos interesa.

El 12 de Febrero, el cielo, como celoso de la gloria de aquellos navegantes abrió las puertas del castigo, y el viento, rugiendo, recorrió con gran violencia el espacio; las aguas de los mares levantábase á las nubes y sumianse en las profundidades, llevando y trayendo las carabelas castellanas con la facilidad que el hombre más fornido lleva sobre los hombros una paja: la tempestad arreciaba con furor, el trueno retumbaba en el infinito, y el relámpago iluminaba aquel cuadro horrible y majestuoso por intervalos. Colon creyase perdido, veía su ilusion de entrar en España triunfante como el César después de la victoria, desvanecida como el humo en el espacio, el desaliento, el horror, invadían el corazon de todos, y ya convencido el almirante de que por sepulcro iban á tener el fondo del mar Atlántico, base de sus glorias, escribió un relato de todos los descubrimientos, lo envolvió en una tela encerada, envolvió esta á su vez en un pergamino, en el cual prometia una cantidad que le sería entregada al que presentase aquello á los reyes de España; todo esto lo metió en un barril y lo arrojó al mar con el objeto de que en un día más ó ménos lejano iria á parar á manos de algun navegante, y éste, estimulado por la recompensa, lo entregaria á los reyes de Castilla y Aragon.

Por fin, días después la tempestad calmó, los ánimos volvieron, y el sol vino á iluminar aquel panorama como el relámpago iluminó las tinieblas en trances más criticos; el grito de ¡Tierra! dado por el marino Ruiz García, inundó de alegría á todos aquellos desdichados. Colon dió orden de llegar á ella y se encontraron con las Azores, y donde desembarcaron la isla de Santa Maria.

Sin duda el gobernador de esta debía tener instrucciones de su gobierno, pues que apenas la gente del almirante habia puesto pié en tierra, fueron presos; mas las enérgicas protestas de Colon, hicieron que su gente volviere á ser libre, y dispuso levar anclas y dirigirse á España; así lo hicieron, pero la tempestad los cogió otra vez, y el ánimo del genovés volvió á inquietarse; pues la furia de los elementos era quizá mayor de la que tuvieron en el centro del Océano; después de mil calamidades, votos al Cielo, llegaron á la embocadura del Tajo, siendo bien recibidos por los habitantes de Rastello, punto donde ancló.

Todos los nobles, residentes allí ó de lugares vecinos, acudieron con el deseo de ver y escuchar al que á la Europa acababa de dar otro mundo, para que pudiera vaciar la sed de oro que necesitaba para el engrandecimiento de los Estados que la componian.

D. Juan de Portugal mandó á llamar á Colon, y éste, siempre cortés, fué á verle. pues el rey deseaba hablarle y oír de sus autorizados labios la relacion curiosa y sorprendente de todo lo que más allá de los mares tenebrosos habia. Colon presentóse al Soberano portugués, siendo muy agasajado; mas como el almirante deseaba venir á España, despidióse de los portugueses y salió para el puerto de Palos, donde llegó el 15 de Marzo. El pueblo, noticioso de la llegada de la escuadrilla, que el año antes habia salido al mando de un extranjero de origen, pero español de corazon, fueron recibidos con gran entusiasmo; pero los reyes, residentes por entonces en Barcelona, mandaron llamar, púsose inmediatamente en camino Colon, saliéronle al encuentro toda la nobleza, y el pueblo barcelonés, siempre amante del

progreso universal, le prestó justa ovacion; entró Colon por las puertas de Barcelona como Cristo en Jerusalem; hurras, gritos de entusiasmo, colgaduras, iluminaciones, pero todo esto era un momento de fascinacion, y todo aquello debía serle más tarde lo que fué para Cristo que, olvidándose que vino al mundo por el hombre, más tarde lo sacrificaron; así debia ser para Colon, que España olvidaria al descubridor del Nuevo Mundo para ocuparse con el esplendor del oro, sacado de América, por la fuerza de las armas.

Bajo rico desel recibieron los reyes á su almirante, y de pié ellos y la corte, permanecieron mientras estuvo de pié Colon; invitado éste á que tomase asiento, lo hizo así, y á ruego de sus altezas, empezó la relacion de todos sus viajes, las averias que tuvieron, quedando los principes sumamente complacidos.

Salió Colon para Sevilla y allí tuvo conocimiento de que Portugal armaba un buque para que fuese en busca del Occidente; comunicóse así á los reyes, y éstos dispusieron que saliesen inmediatamente hácia las tierras ya pertenecientes á España, y el 25 de Setiembre de 1497, salió Colon al frente de una escuadra compuesta de diez y siete embarcaciones y unos 1.300 á 1.500 hombres; aquel eminente hombre volvia á arrojarse á los mares que en algunos meses antes parecian querer tragarse.

Nuestro objeto en este capítulo queda ya satisfecho, puesto que se realizó el descubrimiento de América; pero para no quedar en suspenso la historia del descubridor, vamos á bosquejarla ligeramente hasta su muerte.

Llegó Colon á la isla *Dominica* el 2 de Noviembre, y descubrió luego *Marigalante*, *Guadalupe*, *Montserrat* y otras más. El deseo del almirante era el de llegar á la Española con el objeto de ver el estado de la colonia que dejaron cuando regresaron á España; pero cuál no seria su disgusto al ver que habian perecido!

En la vida de Colon, desde el regreso á España de su primera expedicion, está dicha en estas palabras: *martirio y grandexa de alma*. Tuvo que luchar con sus enemigos encarnizados, envidiosos de su poder, cuya baba venenosa llegaba hasta las gradas del trono, llegando los reyes á tomar parte sin saberlo de las calumnias, á fuerza de respirar, entre aquella malsana atmósfera. Mil pruebas hay de ello, como se demuestra en los viajes del Almirante á España, á causa de unas y otras cosas; su corazon generoso no consentia en que se hiciese daño al indio, pero sus órdenes no eran obedecidas. ¡Para qué tenemos relatar hechos tan que cansarnos en notorios, si la pluma se niega á seguir su curso sobre el papel cuando se llega á ciertos puntos, como son el del insolente Bobadilla enviado á la Española por los principes católicos, con el objeto de tomar acta de los sucesos allí ocurridos con motivo de la sublevacion de los enemigos de Colon; y este funcionario envidioso, ó malvado, prendió al descubridor del Nuevo Mundo, y cargado de cadenas lo envió á España, á más los actos bárbaros que efectuaron nuestros compatriotas en aquellos países (la pasion de patria no nos ciega hasta el punto de no ver la verdad), cuya narracion daña el corazon del hombre de conciencia y al orgullo del español?

Pruebas de ello, las insurrecciones de los caciques Caonabo, Manicóetex, Guarionex, Behechio; á causa de los hechos españoles, que despreciando las órdenes de su almirante, se desbandaban en busca del vil metal, y violaban las mujeres é hijas de aquellos infelices; muchos de los cuales habian abrazado nuestra religion, y bien pronto protestaron de ella, en vista de que aquellos que en un cierto día se humillaban ante Dios elevando las oraciones al Cielo, predicaban la moralidad y la pobreza, y después saqueaban las viviendas de los que ellos llamaban hermanos, y deshonraban á las mujeres de los su prójimo, cuando ellos decían en sus oraciones que no querian la mujer agena; esto es, juzgado imparcialmente, aun cuando puede, en parte, disculparse, á causa de que el brillo del oro les cegaba los ojos, y no veían religion, ni patria, ni honor, sino todos aquellos tesoros que se presentaban ante la vista.

Colon volvió á España después de ser preso por Ovando, gobernador, es decir, que salió como señor y volvia como despreciado.

Llegó á España en la época triste de la muerte de la augusta princesa de Castilla, acaecida el 20 de Noviembre de 1504; su alma elevóse al Cielo, y allí, sobre la corona que poseia en la tierra de virtuosa y reina, añadió la del justo. Colon se apresuró á que el rey D. Fernando le reconociese todos los títulos y honores que le correspondian segun el tratado efectuado en Santa Fé con él y la malograda reina; mas el rey, mostrándose siempre afable, no le concedia sus derechos, y con engañosas palabras, lo fué entreteniéndolo hasta que espiró en 20 de Mayo de 1506.

Aquel hombre que en vida habia sido tan grande, murió con la grandeza del genio, y aun en la agonía parecia como querer volver en sí, no para vivir, sino para decir al rey que era ingrato, y al Mundo, que él le habia hecho más grande; por su voluntad, fué sepultado en la Española, pero luego su descendiente, el duque de Veragua, lo trasladó á Cuba, donde hoy reposa su cuerpo, aunque su alma vigilará eternamente por dos pueblos hermanos, España y América. Este es ya un lazo que nos une.

RAMON DE SANJUAN.

## EL DIARIO DE UN POETA

(A mi distinguido amigo el Sr. D. Pedro Solís)

## PARTE PRIMERA

## I

No niego que mis sueños son quimeras;  
que es delirio mi afán;  
que lloro por pesares no sentidos,  
y con algo invisible suelo hablar.

Que embelesado miro en el espacio  
cual rápida visión,  
la nube que en sus giros vagarosos  
empuja el viento y abrillanta el sol.  
Que, del bosque los trémulos fantasmas  
de tinieblas y luz,  
al contemplarlos, en mi pecho imprimen,  
el helado terror del ataud.

Que sigo solitario la hoja seca  
que arrastra el huracán,  
para ver en qué surco tiene el lecho  
do, hasta la primavera, dormirá.

Que me envenena el odio, si implacable  
muerte oscuro reptil  
la sombra que proyecta sobre el mundo  
el águila que vuela en el cenit.

Que, sin saber por qué, turban mi calma  
olas de oculto mar,  
y súbito mi rostro palidece  
como al sentir la hoja de un puñal.

Lo que soy yo no sé, ni si mis ansias  
son locura ó razón;  
mas, creo es vanidad que alguno ría  
de aquello que jamás él comprendió.

## II

No quiero ser el águila que, altiva,  
sus alas tiende por el cielo azul;  
yo no quiero subir la alta cresta,  
do el vértigo se siente de la luz.

No quiero descender al hondo abismo,  
y los ignotos antros descubrir,  
ni quiero conocer la oculta fuente  
do baña el Universo su raíz.

Yo no quiero perderme entre los astros,  
ambicioso de gloria ó de poder;  
yo no quiero invadir la oscura sima  
do está de las riquezas el troquel.

Extasis ó caída, rayo ó sombra,  
no lucho en arrastrarme ni en volar;  
yo no envidio los ángeles del cielo,  
ni me fascinan géminos de maldad.

¡O llorar ó reír! tal es mi sino;  
engendro del placer y del dolor,  
quiero solo ser hombre, y que palpite,  
junto al mío, un amante corazón.

## III

La fuente brota en las peñas  
murmurando una canción,  
y entre el musgo, solitaria,  
eterna lanza su voz.

Es blanda para el que aduerme  
junto a ella su ilusión;  
más ¡cuán cruel para el triste  
que sin esperanza amó!

En las ondas cristalinas  
mis lágrimas de dolor,  
cuando están cayendo forman  
una fúnebre canción.

Y ese canto misterioso  
desde há mucho tiempo yo,  
modulándolo voy dentro,  
dentro de mi corazón.

## IV

¿Dónde irá por el espacio  
la blanca pluma del ave,  
de cuyas alas ligeras  
la arrancó un beso del aire?

¿Dónde irá sobre las ondas  
rama que del árbol cae,  
y arrebatada la borrasca  
de playa verde y suave?

¿Dónde irán nuestras venturas  
que seca el tiempo y abate?...  
Yo sé que parten del alma;  
mas, do van, nadie lo sabe.

## V

Cuando navega la barca  
sobre las olas del mar,  
cristales rompe delante,  
espumas deja detrás.  
Cuando del mundo el viajero  
sobre ardientes ruedas va,  
vé rayos de luz al frente,  
vé nubes de polvo atrás.  
Cuando cruza el viento el pájaro,  
de su rápido volar,  
no guarda otro rastro el aire

que el de una visión fugaz.  
Tras de cielos de esperanzas  
camina el hombre en su afán;  
¿qué deja en pos de su paso?  
¿sombras de sueños no más!

## VI

Tiembla el pájaro en la rama  
que el céfiro balancea;  
y del laúd la nota  
tiembla en las cuerdas.

Las lágrimas en los ojos,  
pronto a desbordarse, tiemblan;  
y en la flor, del rocío,  
tiemblan las perlas.

Trémulas las mariposas  
de la luz en torno vuelan,  
y en la noche, temblando,  
brilla la estrella.

Tiembla el polvo, tiembla el aire,  
tiembla el alma del que sueña,  
y el pecho del que ama  
¡ay! también tiembla.

Y oscilando en un abismo  
de esperanza y de tinieblas,  
está el corazón, que, loco,  
un imposible desea.

## VII

Horas antes que brille la luna  
en las noches serenas de invierno,  
al través de la atmósfera clara  
¡cuán cercanos se ven los luceros!

¡Yo quisiera, clavados los ojos  
en la bóveda azul de los cielos,  
los arcanos del libro divino  
descifrar en sus letras de fuego!

Yo supiera por qué en este mundo  
bajo sino fatal repartieron,  
casi siempre el dolor al humilde,  
casi siempre el placer al perverso.

## VIII

Cuando en mi interior yo miro  
congojas de muerte siento;  
tengo el alma de odios llena  
y de úlceras mi pecho.

En el lago que mis ansias  
cruzan, cual rápidos fuegos,  
hay turbias olas de lodo  
cuando su fondo revuelvo.

Las flores de mis verjeles  
el sol alegraba un tiempo...  
¡Ah! decíme ¿quién mis campos  
cubrió de sombras y cieno?

## IX

La roja luz del relámpago  
surca los cielos audaz;  
mas, solo brilla un instante;  
¿nada más?

El tierno jazmín no puede  
besos del sol soportar;  
sólo respira en la noche;  
¿nada más?

El viento pasa y murmura  
sobre el lago de cristal,  
su frente no más rizando;  
¿nada más?

Entre las flores voltear  
la mariposa fugaz;  
de nuestra ilusión es símbolo;  
¿nada más?

Abre el amor en las sombras  
la flor de su dulce afán;  
mas, dura tan solo un sueño;  
¿nada más? ¡ay, nada más!

## X

Yo ya compararme puedo  
con los soberanos dioses;  
ya no me aterra la muerte:  
ya no siento los dolores.

En hondas copas de oro,  
del nectar los dulces goces,  
hasta la embriaguez gustaron  
mis labios abrasadores.

Deja que un himno sublime  
¡oh, mujer! para ti entone,  
porque es tu amor esa esencia  
que convierte en Dios al hombre.

## XI

Cuando sus ojos duermen  
como una luz velada,  
y los arcos semejan  
de sus negras pestañas

oscura mariposa  
que allí plegó sus alas;  
al través de su sueño  
¡quién sabe lo que pasa!

Cuando sus ojos duermen

como una flor cerrada,  
y parecen sus labios  
dos pétalos de grana  
si su boca sonríe  
como a un beso del áura,  
de su sueño en el fondo  
¡quién sabe lo que pasa!

Cuando sus ojos duermen  
como una tumba helada,  
y su frente de mármol  
tal vez un surco guarda;  
si cae en sus mejillas  
cual rocío una lágrima  
de su sueño en la noche  
¡yo sé que el dolor pasará!

## XII

Yo te he visto sonreírme  
al través del negro mar,  
y vacilar tú me has hecho  
y cual sus ondas temblar.

Yo he visto, al rayar el alba,  
volando, bañada en sol,  
una alondra, que un estanque,  
aún en las sombras copió.

Yo he visto velar las nubes  
la frente del cielo azul,  
y me he creído en la noche  
al ver la tierra sin luz.

Yo te he visto cerca y lejos  
de mi ardiente corazón;  
y es que, al través de mis ojos,  
llorando te he visto yo.

## XIII

Hechicera que en cavernas,  
en cavernas de terror,  
lejana tienes del cielo  
tu volcánica mansión,  
señálame entre las rocas  
do tu planta se imprimió,  
el sendero que me lleve  
de tu oculta magia en pos.

En una fuente he bebido  
mi sediento corazón;  
ácere adelfa y dulce rosa  
de la fuente halló en redor;  
mas sólo el amargo jugo  
en mi pecho penetró,  
y mezclándose a mi sangre  
¡ay! toda la envenenó.

Hechicera que en cavernas  
á do nunca baja el sol,  
de tus redomas ardientes  
sacas mandos como Dios;  
dáme un bálsamo que cure  
esta fiebre, esta pasión;  
tengo una llaga en el alma;  
¡esto y enfermo de amor!

## XIV

¡Por piedad! ¿dónde me llevas,  
corcel, atado a tu crin?  
Ya al borde estás del abismo;  
¡Dios tenga piedad de mí!

¡Por piedad! ¿dónde me arrastras,  
ola do naufrago fui?  
Ya próximo está el escollo;  
¡Dios tenga piedad de mí!

¡Por piedad! ¿dó me conduces,  
mujer, con tu frenesí?  
Ya cerca miro el hastío  
¡Dios tenga piedad de mí!

## XV

Callad, por Dios, esa música  
que entristeciéndome va;  
igual que de marcha fúnebre  
es su rítmico compás;

y mi corazón, frenético,  
saltando en mi pecho está.  
Yo la conozco; recuérdame  
plácidos tiempos de atrás;  
es ella la danza lánguida  
con que mi fervido afán  
calmó sus tormentos miseros  
siendo el amor mi deidad.

Callad, por Dios, esa música,  
que lágrimas vierto ya,  
y por mis nervios, relámpagos  
siento rápidos cruzar.  
Calladla pronto; que, pérfida,  
por matarme acabará.

## XVI

Era una tarde de otoño,  
de nubes grises un velo,  
el sol llenaba de sombras  
y de tristezas mi pecho.

La oscura atmósfera el ave  
iba cruzando en silencio;  
y el reptil, amedrentado,  
se escondía en su agujero.

Las blancas tapias, confuso,  
traspasé del cementerio,  
y un hombre vi que una fosa  
cavaba en el blando suelo.  
Pálido el rostro, sus ojos  
de llanto estaban cubiertos;  
y ¡ay! puso sobre el cadáver,  
al echarlo al hoyo, un beso.  
Quise hablarle; pero un grito  
lanzé de profundo miedo;  
¡con mi muerto amor yo estaba,  
y era yo el sepulturero!

## XVII

¡Venga un vaso! Los pesares,  
ante el vino, huyen atrás,  
cual hojas que en un torrente  
lanza a un lado el huracán.  
¡Otro vaso! La conciencia  
el vino acostumbra a ahogar,  
cual crimen que se sepulta  
entre las olas del mar.  
¡Venga otro, en fin! Los amores  
con vino se han de borrar,  
como el humo de un incendio  
bajo la lluvia tenaz.  
Es el vértigo, alegría;  
lábio que entona un cantar;  
explosión de locos besos;  
alta escala del soñar.  
Mas yo, si al delirio toco,  
me entristezco más y más;  
muchos rien con el vino;  
con él ¡yo rompo a llorar!

## XVIII

La tarde triste  
á ocaso toca,  
como en la playa  
cansada ola.  
Pierdesse el ave  
entre las hojas,  
cual la ventura  
que huyóse pronta.  
Y el viento, el agua,  
la luz, la nota,  
tienen por término  
silencio y sombras.  
Lo que fué lucha  
duerme ó reposa,  
desde los átomos  
que el sol colora  
hasta los bosques  
que surca el boá.  
Tan vasto sueño,  
mi alma sola  
altera y turba  
con sus zozobras,  
con sus quimeras  
y sus congójas,  
siempre agitadas  
y siempre hondas...  
¡Ay! ¿en qué cima,  
alta y remota,  
brillará eterna  
la eterna aurora.

## XIX

Sobre un lecho de áscuas yo me acuesto,  
descalzo sobre zarzas yo camino,  
y á mis sienas, de hierro una corona,  
horriblemente ciño.  
Lanzo mi corazón entre las fieras  
que piden sangre en el mundano circo;  
veneno abrasador mis labios beben  
con insaciable ahinco.  
Los tiempos ya no son de una esperanza  
arrastraba á los hombres al martirio...  
¡A un Dios, que ni venero ni conozco,  
ciego me sacrifico!

## XX

Si es morir, perecer; si como el día  
se apaga en los abismos de la mar,  
nuestra vida sepulta  
en su seno sin fin la eternidad.  
Si es verdad que los átomos de arena  
arrastra para siempre el huracán,  
y ya una vez perdidos,  
no hay nadie que los llegue á recordar.  
¡Cuán horrible es morir y separarse  
de lo que fué nuestro constante afán!  
Y, ¡cuán triste también nueva existencia  
volver en otros mundos á empezar.

JOSÉ DE SILES.

## BALADAS AMERICANAS

POR

LUIS RICARDO FORS

## Viudez

(Sobre un yaravi antiguo)

La tórtola ha perdido su compañero.  
Cuando la tórtola pierde á su amado, el dolor que la atormenta le hace batir sus alas sin saber á dónde va.  
Entonces, corre, vuela, cruza los aires sin objeto, y va y vuelve sin saber lo que hace.  
La pobre tórtola ignora lo que es el reposo.  
Cuando ha perdido su dulce compañero recorre las praderas y los bosques, y no deja por registrar ni un tronco, ni una planta, ni una sola rama.  
Cuando la tórtola pierde la esperanza, su corazón palpita con fuerza.  
Y entonces llora en las fuentes, en los arroyos, en los lagos y en los mares.  
¡Ay de mí!  
Yo soy como la tórtola, desde que mi desgracia me hizo perder el dulce encanto, el compañero cariñoso de mi alma.  
Desde entonces lloro sin consuelo.  
Mi pena es tan grande, que la tristeza no me deja respirar mas que lágrimas, terrores, angustias y gritos de dolor.  
Por esto todo el Universo se conmueve con mi pena.  
Yo soy la más fiel de las mujeres que aman.  
Nadie quiere más intensamente que yo: mi cariño no puede ser más que para un compañero sólo.  
Por esto mi angustia es tan grande, que no podrá sacarla del fondo de mi pecho otra mano que la de la muerte.  
Por esto mi desgracia conmueve á los hombres, á las bestias, á los peces y á las aves.  
Pero el bien que he perdido vive dentro de mí.  
Nadie podrá arrancarte de mi pecho, dulce bien mío.  
Yo seguiré tu sombra errante por toda la superficie de la tierra.  
Yo te seguiré aunque se opongan á mi paso el agua, el fuego, el aire y las montañas.

## Los fenicios

(De las inscripciones antiguas de Grave-Creek)

En los primeros tiempos, Votan salió del Mar Interior y arriesgó su vida sobre las ondas del Mar Occidental.  
El valor y la sabiduría le condujeron á la Tierra desconocida.  
El Gran Poder le envió sobre las aguas para repartir y poblar los países en que muere el sol.  
Votan era oriundo de Chivin; y Chivin fué el más poderoso de los pueblos poderosos.  
Por esto Votan conocía el arte de gobernar á los hombres, y dió á sus compañeros las leyes y reglas que habian de regir en la Tierra Nueva.  
Después, Votan regresó á su patria.  
Mas tarde vió la Iberia, recorrió el Lácio, visitó el templo de Salor on, y admiró las ruinas de una casa inmensa que los hombres habian construido para tocar el cielo con sus frentes.  
Después mandó nuevas expediciones al otro lado del Mar Grande.  
Y cuando el tiempo arraigó las malas pasiones en las comarcas nuevas, Votan tuvo que refrenarlas con la fuerza y restablecer con dureza su autoridad y sus leyes.  
Venció á todos sus enemigos, empleando el rigor con los perversos y la clemencia con los arrepentidos.  
Entonces las gentes perpetuaron en las piedras la victoria y la sabiduría de Votan el poderoso.  
Los guerreros esculpieron la espada como simbolo de la fuerza.  
Los ancianos grabaron la cabeza como emblema de la sabiduría.  
Y la espada y la cabeza fueron unidas en representacion de la soberanía, de la victoria y de la ley.  
Todas las tribus y familias trazaron el signo y promesa de su vasallaje, y proclamaron las excelencias de Votan, oriundo de Chivin la Grande.  
Así dicen las piedras esculpidas en honor de Votan el poderoso.  
«Tus órdenes son nuestras leyes.  
«Tú brillas por tu paso rápido é impetuoso como el del corzo.» (\*)  
Así se ha grabado en la memoria de todas las tribus, que Votan, de Chivin la Grande, vino á las Tierras Desconocidas donde se oculta el sol, para distribuir las y poblarlas.

## Movimiento científico

## Discurso de D. Miguel Morayta

(Conclusion.)

Aparte del buen sentido que encierran estas últimas frases, ellas muestran hasta dónde fué considerada la

(\*) Esto dicen los caracteres fénicos de la roca de Grave-Creek, según la version del sábio filólogo Levy-Bing.

mujer en Egipto. Sierva destinada al deleite de su señor en los pueblos orientales; encerrada en sus gineceos en Grecia, donde aun las superiores fueron objeto de desconsideracion y censuras, y pupila perpétua en Roma, sólo Misraim la reconoce la dignidad necesaria para ceñir el sagrado *ureus* y disfrutar la prudente libertad que la permite consagrarse á ocupaciones nobles, apropiadas á su sexo, hoy mismo sólo para ella abiertas en pueblos muy adelantados.

¡Cuán lejos, cuán lejos, pues, se hallaba la moral faraónica del extremo en que la pusieron la credulidad de Herodoto y la impudicia de la mujer de Putifar, tan comentada y maldecida!

A la moral faraónica respondian por necesidad leyes civiles y criminales, altamente justas. Tal concepto merecieron á cuantos reflexionaron sobre las noticias que de ellas se conservan, y que, aun cuando escasas, bastan á explicar por qué la antigüedad creyó que fueron estudiadas por Licurgo y Solon antes de acometer sus reformas legislativas, y por qué Bossuet afirmó que «el Egipto fué la fuente de toda buena policia.» De los tiempos de Mena y de sus inmediatos sucesores, las más de estas leyes fueron corregidas y enmendadas por Ra-mes-su II, y luego, ya en la decadencia, por Bok-en-ran-f, por el etiope Schabaka y por Ahmes II, antecesor de Psa-metik, y más tarde por el persa Darío.

Base de todo derecho la familia, constituíase en Egipto por medio del matrimonio solemne de una con uno. En él, el marido constituía á su mujer una dote y un ajuar, garantizándola en ocasiones una pensión fija mientras durara el matrimonio, y hasta una renta como indemnizacion en caso de repudio y de tomar otra mujer. Para seguridad de cuyo pago la esposa tenia hipoteca sobre los bienes del marido, que aquella podía transmitir á un tercero. Estos repudios debieron llegar á ser muy comunes, pues que un funcionario de la dinastía XX se vanagloriaba de no haber abandonado á su mujer cuando el faraon le promovió á una gran dignidad. La ley procuraba, sin embargo, evitarlos, previniendo que en caso de repudio y de un segundo matrimonio, el hijo mayor de la primera mujer heredara los bienes raíces del padre. El matrimonio no impedía, sin embargo, que el marido pudiese tomar cuantas mujeres quisiera: los hijos de estas uniones tenian todos la consideracion de legítimos. La patria potestad, según se deduce de tantos monumentos, se rompía por el hecho de contraer el hijo matrimonio y de salir, por consecuencia, de la casa paterna.

En pueblo tan severo y ceremonioso, indudablemente fueron base de todo contrato las fórmulas. Quizá la reforma legislativa que hiciera Bok-en-ran-f, consistió en abolir estas fórmulas. En los contratos literales, sin embargo, siguieron exigiéndose multitud de requisitos, y entre ellos la presencia de diez y seis testigos. Con estas condiciones gozaban de tal privilegio, que así como su contexto obligaba en absoluto, no existiendo, resolviase toda cuestion litigiosa por medio de juramento decisorio. En los préstamos, el interés debido no podía ser nunca mayor que el capital. La ejecucion se trababa sobre los bienes del deudor, nunca de su persona: ¡qué diferencia entre esta tan racional medida y la prision por deudas de tantos pueblos modernos, y los duros preceptos derogados por las leyes de Solon, y los más bárbaros aun contenidos en la tabla de *Rebus Creditis!* De Aseska-f, de la dinastía IV, es, según Herodoto, la extraña ley que permitía hipotecar la mómia del padre, hipoteca tan eficaz, que, sobre entrar el prestamista en posesion del sepulcro en que se guardara aquella, privaba al deudor que moria sin hablarla levantado, y aun á los hijos de éste que fallecieran subsistente la obligacion, del honor de enterrarse en la sepultura de su familia.

De sus leyes criminales se conocen las que castigaban con pena de muerte al perjurio; al que acusaba ante el Tribunal falsamente; al que mataba, ya fuera el muerto libre ó esclavo, igualdad ante la ley, nunca bastante loada; al reo de delitos contra la religion, y al que viendo á otro en peligro de ser asesinado, ó sufriendo alguna violencia, no le auxiliase. Cuando una fuerza mayor impidió este auxilio, el testigo de la muerte ó de la violencia debía denunciar á los culpables, bajo pena de sufrir cierto número de palos y la privacion de alimento por tres dias. Al parricida se le quemaba vivo después de haberle torturado en un lecho de agudas espinas. El padre que mataba á su hijo, quedaba libre, después de habersele obligado á estar tres dias con tres noches abrazado al cadáver del hijo: tortura moral horrenda.

La pena de muerte se ejecutaba por extrangulacion ó por decapitacion. No era, sin embargo, infamante, y no podía ejecutarse en la mujer que estuviera en cinta, en tanto no salía de esta situacion. Alguna vez se concedió á los condenados de alta jerarquía, la gracia de que se dieran ellos mismos la muerte en la forma que mejor les agradara. Y de Schabak se cuenta que intentó abolir la pena de muerte, sustituyéndola por trabajos forzados, que constituían la pena más comun.

Al espía se le cortaba la lengua; al falsificador de pesos ó medidas, documentos y actos públicos, las dos manos; al violador de una mujer libre, se le mutilaba.



El adúltero, habiendo consentido la adúltera, debía recibir mil palos, y á la cómplice se la cortaban las narices. Al desertor y al soldado que no obedecía las órdenes de sus jefes, se le declaraba infame, concepto que podía borrar con nuevos hechos de valor y de disciplina.

Aunque se castigaba con palos el hurto y el robo con la muerte, en Egipto existía, y ¡cosa extraña! aún existe hoy mismo, una costumbre por demás curiosa, aunque no insólita. Los ladrones reconocen un jefe: *scheik*, alcalde, de los ladrones, se le dice ahora, é inscritos en sus registros, se hallan libres de toda persecucion si dentro de las veinticuatro horas devuelven lo robado, mediante rescate. Por último, el P. Feijóo vertió cuantas alabanzas se alcanzaron á su fácil pluma para aplaudir en todos los tonos la disposicion legal que obligaba al egipcio á declarar por escrito á los magistrados sus medios de subsistencia, bajo pena de muerte si faltaba á la verdad, ó si se valía, para ganarse la vida, de malos medios. Solon copió este precepto en sus celebradas leyes.

Para aplicar estas leyes existían en Egipto tribunales unipersonales en cada nomo, que seguramente desempeñarían los oficiales palatinos llamados *flabelliferos* ó *Tai seri en sen*, y los jueces propiamente tales, *ta ó ten*, siempre sacados de la clase de escribas. En segunda instancia, y de los asuntos graves, entendía el Tribunal supremo de los *sotnu en os en kat en mat*, «auditores de las demandas del Tribunal de Justicia.» Estos auditores eran treinta, nombrados cada diez necesariamente por cada uno de los tres colegios sacerdotales de Méfis, Heliópolis y Tébas. Presidíanlos el Gran Juez, por ellos y de entre ellos elegido, debiendo cubrirse la plaza de los treinta, que por esta eleccion que dara vacante, por otro juez del mismo colegio á que perteneciera el nombrado. Sólo en casos muy graves y que se rozaran con la política, el rey administraba personalmente justicia, á cuyo efecto nombraba comisiones especiales, que alguna vez, como cuando entendieron en la conspiracion contra Ra-mes-su III, eran castigadas por mostrarse, en concepto del faraon, demasiado benévolas.

Los negocios judiciales se trataban siempre por escrito y por comunicaciones dadas á las partes. Las audiencias no empezaban hasta que el presidente no se colocaba en el cuello una cadena de oro de que pendía una imagen en piedras preciosas, de *Ma*, diosa de la Verdad y de la Justicia, á quien se representaba con una pluma de avestruz sobre la cabeza, y en la mano la cruz pendiente de una asa, distintivo constante de la divinidad. Esta medalla tenia tal significacion simbólica, que la notificacion de las sentencias se hacia colocándola sobre la persona del demandante ó acusado en cuyo favor se habia resuelto ó fallado la cuestion, pues en Egipto no habia ministerio fiscal. Y así como los jueces ingleses, para el acto de juzgar, se cubren la cabeza con una gran peluca, los egipcios se colocaban una barba postiza en los momentos de gran solemnidad.

## VII

Como las lenguas nacen, viven y mueren con los pueblos que las hablan, y el pueblo egipcio al aparecer en la Historia estaba ya constituido y formado, la lengua faraónica no sólo existió antes de Mena, sino que ya entonces habia manifestado sus características excelencias. Así sucede que en sus más antiguos monumentos, coetáneos de las primeras dinastías, preséntase con la perfeccion consiguiente á haber servido de medio de expresion á disquisiciones científicas y literarias.

Lengua madre y una de las camíticas, Quatremarela cree sin analogia con ninguna otra, y Renan entiende, y con él no pocos egipciólogos, que de tal manera se confundía en sus orígenes con las lenguas monosilábicas, que ni aún despues de haber alcanzado su mayor desarrollo, apenas si puede, por las modificaciones que admiten sus verbos y nombres, clasificarse entre las lenguas de flexion. En su gramática, sin embargo, predominan no pocos caracteres semíticos, y en su diccionario abundan las voces de origenario. Maspero nota que «uno de los tiempos de la conjugacion, el más sencillo y más antiguo de todos, se compone con pronombres sufijos, lo mismo que en hebreo y siríaco; y que los pronombres sufijos y absolutos, se expresan por las mismas raíces y juegan el mismo papel en egipcio que en las lenguas semíticas.» La mayor parte, pues, de los procedimientos gramaticales que desarrollan las lenguas semíticas, se hallan en el egipcio en estado rudimentario.

Castiza y pura durante las diez primeras dinastías, llega el egipcio á su siglo de oro en los dias de la doza-va. Conserva algun tiempo más su esplendor, y se pierde no mucho despues como lengua viva, quedando, como el sanscrito y el latin, para uso de los sábios y literatos que en ella consignan sus disquisiciones. De la lengua vulgar que la sustituye fué derivacion el copto moderno, que logró entre el siglo VII antes de Cristo y el II de la Era Cristiana, desarrollo muy estimable.

Contemporáneo de los *schesu-hor* fué tambien el sistema gráfico egipcio, cuya interpretacion significa

uno de los esfuerzos más gigantescos que realizó la inteligencia humana. Young y Champollion, con cuantos les siguieron en Francia, Inglaterra, Alemania y aun Italia, realizaron un casi milagro; tan maravilloso es haber dado con la clave para leer aquella extraordinaria escritura y luego con su traduccion.

En los tiempos primitivos, el egipcio como el chino, el americano, el haitita, el mejicano y los mayas del Yucatan, pinta los objetos que quiere expresar. Exige esto verdadera maestría, mucho tiempo, y sobre todo grandes superficies, de que tan escasos andaban los antiguos, y por una generacion natural las figuras se alteran en sus formas, hasta venir á parar en signos convencionales que apenas si recuerdan su primer origen. Así, de la escritura *geroglífica* se pasa á la *hierática* ya de convencion, y de ésta á la *demótica*, más cursiva y más fácil de ejecutar.

En esto sin embargo, coexisten las tres formas de escritura, la *geroglífica* para los monumentos, y la *hierática* y luego la *demótica* para los libros y documentos de menor importancia, á manera de como entre nosotros coexisten los caracteres de imprenta y la letra manuscrita; más fácil de hacer ésta, más clara y más vistosa aquella.

Los primitivos *geroglíficos* *sian-king*, caracteres figurativos que digeron los gramáticos chinos, sólo permitían expresar un corto número de ideas, y éstas de un órden material. Necesitose acudir desde los primeros momentos á la convencion, al símbolo, al *tropo gráfico* que dice un egipciólogo francés. De aquí la escritura ideográfica, arte, segun Maury, difícil, quizá un secreto, privilegio de unos cuantos, casi imposible de ser entendido cuando no se está muy al corriente de cuanto veían y pensaban los que de ella se servían.

Dentro de estos límites, la escritura podia en cierto modo ser independiente del fonetismo, como los signos aritméticos y de puntuacion, las cifras arábicas y los ideogramas chinos, que para todos dicen lo mismo, aunque se exprese su significado con palabras tan distintas, como son distintas las lenguas que hablan los pueblos que usan aquellos caracteres gráficos. Mas como el hombre escribe para que se lea lo que escribe, por virtud de graduales esfuerzos, adivinados y magistralmente expuestos por Lenormant, la escritura egipcia, que de *geroglífica* se convirtió en *simbólica*, y de *simbólica* en *ideográfica*, pasó á *silábica* y luego á *alfabética*; progresion que, aun cuando lógica y natural, representa un esfuerzo continuado, persistente, enérgico. Pueblos tan doctos como el chino no pasaron de la escritura ideográfica, y los caldeos, asirios y medos quedaron en la silábica. Mas como los pueblos renuncian con dificultad á sus cosas tradicionales, los egipcios conservaron á la vez, al menos en parte, sus tres sistemas gráficos. Figuras tienen en su escritura que significan toda una idea ó una palabra; otras corresponden á una emision de voz ó á una sílaba; otras á cada uno de los componentes de una sílaba, ó sea á una letra consonante ó vocal. Los egipciólogos cuentan 22 signos alfabéticos y 136 silábicos. Y como quiera que por consecuencia de las transformaciones que el arte de escribir sufre, resultan en la escritura egipcia algunos signos alfabéticos homófonos, de un mismo sonido, y no pocos silábicos polifonos, susceptibles de varios sonidos; para evitar incertidumbres y fijar el verdadero y justo sonido, se les juntan uno ó varios complementos fonéticos. Cuyos complementos no deben confundirse con los signos ideográficos determinativos, que tienen por objeto aclarar el concepto ó el significado y que son hasta 46, unos especiales y otros genéricos.

Todas estas particularidades de la caligrafía egipcia, que tan largos y persistentes trabajos suponen, eran ya conocidas en los tiempos de la dinastía II. ¿Cómo no reconocer la remota antigüedad de la cultura egipcia? De dias que se pierden en la oscuridad de los siglos data, pues, el secreto del alfabeto. Mas los egipcios, sus verdaderos inventores, segun ya lo notara Lucano, no le llevaron nunca á su perfeccion. Siempre vivió entre ellos como en germen. A los fenicios, que le aprendieron en Egipto, corresponde la gloria de haberle convertido en sistema de escritura único, y la mayor aún de enseñársela á los pueblos más apartados.

Y es de notar que los fenicios no sólo tomaron de Egipto el procedimiento alfabético, sino que copiaron más ó menos exactamente buen número de los caracteres faraónicos. Salta á la vista la derivacion del alfabeto egipcio al fenicio, como la del fenicio al usado por tantos pueblos semíticos, incluso al hebreo y al aceptado por griegos y romanos, los quienes le tomaron los pueblos neolatinos. Y en cuanto á las cifras numerales, Wissemann popularizó el hecho; de indios aprendieron de los egipcios las cifras que los árabes llamaban indias, y que copiaron y llevaron á los pueblos modernos, donde se conocen con el nombre de arábicas.

Pocos pueblos existieron más aficionados á escribir que el pueblo egipcio. Los muros interiores y exteriores de sus construcciones, las caras de sus pirámides y columnas, los zócalos de sus estatuas, los ataúdes de sus mómias, las hojas de papiro preparadas al efecto, las conchas y hasta los pedazos de vasijas rotas, todo cuanto ofrecía una superficie lisa, todo lo apro-

vechaba para escribir. Así resultó una lengua tan trabajada, que sirvió, á pesar de su indeterminacion característica, para expresar los más delicados matices del pensamiento.

De esta suerte pudo tener y tuvo una literatura amena y variada y tan bella como la más bella. Ya sus primitivas inscripciones muestran el empeño de huir de la leyenda seca y escueta, al punto de ofrecer algunas excelencias retóricas y aun rasgos de verdadero ingenio. Forma natural de la poesía, en Egipto como en todos los pueblos, fué el metro; y prueba de su fantasía, el hecho de haber cultivado todos los géneros. Los himnos al Sol y al Nilo son modelos de poesía lírica; Duau-se-Karda se ofrece como escritor satírico de primera fuerza; Pentaur, si no llegó á la epopeya, ajustó su poema á las condiciones de la épica heroica, y su maestro Amon-em-Apt fué un epistológrafo de mérito. Sineh brilló en sus *Memorias* por su amenidad; Amonen-ha-t per su tersura y profundo sentido, y algunos capítulos del *Libro de los Muer* compiten con las obras fantásticas é imaginativas más celebradas. Los himnos religiosos faraónicos tienen tal acento de poesía lírica, que «muy á menudo casi alcanzan la elevacion de pensamiento y de expresion de los salmos hebraicos.»

El Egipto cultivó tambien el cuento y la novela; y hay que tener fe en la severidad de Brugsch, Maspero, Revillout, Goodwin y Golenischeff, que han tratado ámpliamente esta materia, para creer que aquel pueblo tan severo se distraía con historietas que parecen sacadas de las *Mil y una noches*, y algunas de las que, como las leyendas del ciclo de Arturo y de Carlomagno, contribuyeron á convertir personajes realmente históricos en héroes fabulosos.

## VIII

Duau-se-Kharda, que vivió en los dias de los Amonen-ha-t, y cuya pluma retozona y acerada envidiarían, á conocerla, no pocos de nuestros redactores de hojas hebdomadarias y satíricas, despues de pasar revista á todos los oficios, concluía afirmando que todos eran inferiores al ejercicio de las letras. Y tenia razon; porque, segun nota Maspero, el estudio de la literatura y la consideracion de escriba abria las puertas de todas las posiciones, y permitía, segun las aptitudes, el desempeño de la profesion de sacerdote, general, cobrador de contribuciones, gobernador, ingeniero y arquitecto.

No era ciertamente la posesion de este título cosa fácil. Exigia larga permanencia en las escuelas, donde al parecer se profesaba en todo su rigor el precepto: «la letra con sangre entra.» «Eres para mí, decía un maestro á su educando, un asno á quien se debe apalearse diariamente; un negro estúpido caído en servidumbre, que es necesario amaestrar. Se hace anidar al buitres; se enseña á volar al halcon; yo haré un hombre de ti, pícaro muchacho.» Y en lábios de otro se ponía: «si te tomas un dia de holganza, te se azotará. El joven tiene lomos para ser apaleado: los golpes le sirven para hacerle atender bien.»

En estas escuelas, donde al parecer pasaba el niño mañana y tarde, pues á ellas le enviaba su familia la diaria refaccion, se le enseñaba á leer y á escribir, y seguramente en otras escuelas superiores, como en la de Silsilis, aprendía los elementos de los distintos ramos del saber, en libros de texto, y seguramente tambien en tratados magistrales, tenidos por canónicos. «Sumérgete, decía Duause-Kharda á su hijo Papi, en el seno del libro *Quemi*, como quien se sumerge en el agua.» De distinto órden estos estudios, su prueba en exámenes, determinaba la diferente categoría del título para que capacitaban.

Ni Herodoto ni Diodero dicen que estos escribas constituyeron clase. Sin embargo, siempre, pero de terminadamente durante las dinastías IV, V y VI, y luego hasta la dinastía XV, los escribas, extendidos como las mallas de una red por las distintas capas del imperio, lo eran todo, dada aquella administracion burocrática tan picada del expedienteo. Posteriormente coexistirán con los militares, nueva clase gobernante, para volver á dominar sin rival, llegado el momento de la decadencia.

De esta suerte los escribas cumplen en Egipto mision semejante á la que llenan en China los letrados. Quizá bien estudiado el caso, aquella oligarquía burocrática que constituyen los *Ham-lin*, *Tsinz*, *Ku-jin* y *Sint-sai*, resulte calcada sobre los escribas egipcios. Porque unos y otros se reclutan en todas las clases sociales; se forman en las escuelas públicas; se capacitan por virtud de exámenes; constituyen una jerarquía cuyos grados determina la importancia de los estudios probados, y sirven, no por derecho propio, si bien sólo ellos pueden desempeñarlos, los destinos administrativos, políticos y militares, conforme al grado académico alcanzado. Y si el secreto, segun mi dictámen, de que el Imperio chino resistió, así á las más terribles invasiones como á las revoluciones más profundas, y aun al mismo andar de los tiempos, está en la existencia de sus letrados, que siempre los óptimos (por ser los más ilustrados) constituyen constantemente la clase directiva y gobernante, ¿por qué no estimar que á los escribas egipcios, que cumplen y llenan mision semejante, debe Misraim su larga y próspera existencia?

El más alto grado científico constituía, según Lenormant, un verdadero doctorado. Decíase á quien le adquiría, *her-seshta*; frase que significa literalmente «sobre los secretos», y había *her-seshta* del cielo, de la tierra, de las minas, de las cosechas, del tesoro; doctores en astronomía y astrología; en ingenieros civiles é ingenieros de minas; en agricultura y en rentas, cuyos títulos quizá se alcanzan por exámenes especiales. Luego la ciencia fué en Egipto constantemente estimada, tenida como profesion lucrativa y cultivada con empeño. De sus colegios sacerdotales se contaron maravillas, y Diodoro de Sicilia, describiendo la tumba de Osiris, habló de una Biblioteca sobre cuya puerta decía una inscripción: «Medicina del alma», y que correspondía seguramente á la sala de Ramesseum de Kurnah, descubierta por Champollion, puesta bajo la proteccion del Tahut, dios de las ciencias y de las artes, y de la diosa Safekh, señora de las letras, cuyas Bibliotecas existieron desde tan antiguos tiempos, que un alto funcionario que sirvió á los primeros monarcas de la dinastía VI, ostentó en su sepulcro el título de *Gobernador de la casa de los libros*.

En Egipto, pues, sobran medios, razones y motivos para que la ciencia llegara á desenvolvimientos admirables. Nosotros los conoceríamos en toda su extension, á no haber desaparecido los *Libros Herméticos* que digeron los griegos, ó *Libros revelados por Tahut*, según la creencia egipcia. Fruto de persistentes investigaciones y de largos siglos de meditacion y estudio, comprendian indudablemente los elementos fundamentales del saber más esencial á la civilizacion. Duncker cuenta que estos libros fueron 42: 10 del gran sacerdote, referentes todos á teología y legislacion; 10 del escriba de los templos, que trataban: el 1.º, del arte sagrado de la escritura; el 2.º, de geografía y cosmogonía; el 3.º y 4.º, del sol, de la luna y de los planetas; el 5.º y 6.º, de las descripciones del Egipto y del Nilo, y los otros cuatro, de pesos, medidas, utensilios, muebles y propiedades inmuebles de los templos: 10 del estolista, que contenian las reglas del rito y de la liturgia, del culto, de la manera de ofrecer sacrificios y primicias, del orden y marcha de las procesiones, de los medios de conocer las víctimas puras é impuras, y cantos y oraciones; 2 del cantor, que conservaban los himnos y meditaciones sobre la vida que conviene á los reyes; 4 del astrólogo, que trataban: el 1.º, de las estrellas fijas; el 2.º y 3.º, de las conjunciones de las órbitas del sol y de la luna, y el 4.º, de las constelaciones; y 6 de los pastóforos, que exponian los principios de la medicina y de los medicamentos, y en último lugar, de las mujeres. Algunos de estos 42 libros hablaban del arte, pues á él alcanzaba la autoridad sacerdotal.

Alguien cree, que buena parte del contenido de estos libros rayó tan en lo maravilloso, que sobre ser el Evangelio en que aprendieron los doctos de la antigüedad, hoy mismo serian luz vivísima que permitiese ver claramente en cuestiones científicas oscuras. Yo entiendo que, áun siendo de inapreciable valía, como archivo de todo el saber de entonces, contribuyeron poco al adelantamiento científico. Resultado y no causa del movimiento intelectual, desde el instante en que, declarados canónicos, entraron á formar parte de la Biblia del Egipto, y á ser de esta suerte santos, sagrados é indiscutibles, la verdad ó el error fueron error ó verdad, según lo que respectó al particular decían los *Libros de Tahut*. La investigacion científica perdió su más genuino carácter, desde que fué adscrita como siervo á la gleva, á aquellos tratados.

Fijese la atencion en cómo se confeccionaron y en las consecuencias que, una vez confeccionados, habrían de dar. Sin más modelo por ejemplo que el natural, á cuya reproduccion fiel se aspiraba, y el concurso de la inspiracion, el génio produjo el busto del Louvre y las estatuas del *Scheik-el beled* y de *Ka-f-Ra*. La misma escultura griega no fué mucho más allá de á donde el arte llegó en estas obras. Pues vino el observador, el crítico; examinó los contornos, rasgos y proporciones de estas obras, y dedujo las reglas conforme á las que resultaban hechas, y que seguramente ignoraban los mismos que las hicieron. Declaráronse estas reglas canónicas, y al aparecer como indiscutibles y obligatorias, el artista compelido á observarlas, falte de espontaneidad, sin medio de dar rienda suelta á sus facultades creadoras, resultó mero copiante. De aquí la inaguantable monotonía de la escultura egipcia desde la dinastía VII en adelante, y su perenne carácter simbólico, y aquel suparalelismo incomprensible, y su factura que, si no fué, pudo ser resultado de que cada miembro de la estatua se construyese por un artista distinto. Si; la escultura egipcia, que sirvió de modelo á los mismos griegos, quedó reducida, no en días de decadencia, sino en los correspondientes á sus más preciadas glorias, á una reunion de procedimientos que se trasmitian en los talleres por la práctica y la enseñanza, y que constituian una rutina, donde la habilidad de ejecucion puede ser estimable, pero sin que haya jamás en la obra nada personal.»

Que es la misma ley que cumple la arquitectura. Conocen los egipcios desde remotos tiempos el arco y

la bóveda, apenas usados, da carácter á sus monumentos la columna. Reducida á un elemento vertical sobre que carga otro horizontal, sirve más adelante de soporte que sostiene el arquiteabo; y nacida la columna, se alarga y embellece luego por la cornisa, que reviste las más elegantes formas, incluso la dórica. Las construcciones de madera presentan esta columna delgada, esbelta, ligera. Imitanse éstas en las construcciones de piedra; mas pronto se vuelve al tipo primitivo, admirando así los templos y palacios egipcios correspondientes á los mejores tiempos, por su solidez, á pesar de su falta de cimientos, por sus enormes masas y por los grabados, detalles y vistosos adornos que embellecen sus muros, pero no por su traza é inspiracion, siempre pobre y rara vez original. En la arquitectura faraónica hubo, pues, no estacionamiento, sino retroceso, desde el instante en que se declararon canónicas las reglas que cumplen sus primeros y más hermosos monumentos.

Notables adelantos hicieron los egipcios en ciencias exactas. Base de éstas las matemáticas, desarrolláronse enérgicamente, merced al sistema de numeracion, desde muy remota época admitido. Era éste decimal, mas exigía un signo distinto para cada uno de los números 1, 10, 100, 1.000, 10.000, 100.000; frente á cuyo sistema usaron otro ménos pesado para los documentos hieráticos y demóticos, y que consistió en el empleo de signos especiales para las unidades de 1 á 9; para cada decena de 10 á 90, para cada centena de 100 á 900, etcétera. Cuyo sistema seméjase no poco al de los chinos que, empleando la numeracion decimal, tienen, sin embargo, para el 10 un signo especial. Para notar los números fraccionarios, siempre colocaban por numerador la unidad. Basta esta exposicion para comprender de dónde tomaron griegos y romanos sus sistemas de notacion numeral.

Seguramente, y así lo afirma Mr. Leon Rodet, los egipcios no llegaron á las excelencias del álgebra. Mas, sin pasar de la aritmética, plantearon y resolvieron teoremas de trigonometría plana y medías de sólidos, y áun principios de cálculo. Así penetraron en los secretos de la geometría, que les permitió construir pirámides, templos, palacios y canales, y medir y determinar la cabida y situacion de las tierras, cada vez que el Nilo se recogía en su cauce natural.

Así, además, pudieron fijar observaciones astronómicas muy interesantes y deducir de ellas conclusiones, algunas respetadas por la misma ciencia moderna. Entre aquellas están la determinacion de buen número de estrellas fijas y errantes, y entre estas la de *Sopt*, Sotis que dijeron los griegos y nosotros Sirio, y cuya aparicion heliaca señalaba el comienzo de la inundacion del Nilo; la asimilacion de la tierra á los planetas, atribuyéndola un movimiento de traslacion análogo al de Marte y Júpiter, y la division del día en mañana y noche, cada una de doce horas, á partir la mañana desde las seis, y la noche desde igual hora de la tarde, mañana y noche que á su vez subdividian en tres espacios de cuatro horas cada uno; formando cada diez días una década; cada tres décadas un mes, y cada doce meses un año; el que tambien se dividía en tres estaciones; *schá*, principio de la inundacion; *pra*, sementera, y *schemu*, verano.

Resulta así el año de trescientos sesenta días; y como bien pronto se notara que no coincidían las estaciones con el mes correspondiente, se buscó la relacion añadiendo al fin de cada año los «cinco días encima del año», ó epigómenos que se les dijo. Y como áun así no apareciese la conformidad, por resultar una diferencia de seis horas cada año, se la encontró contando cada 1.460 años astronómicos por 1.461; diferencia que suman las seis horas por año. Con lo que se halló coincidiendo el principio del año á éste siguiente, con el del año astronómico y con la aparicion heliaca de *Sopt*; de donde dijeron período sótico á este largo período de 1.461 años civiles. Como Julio César, después de haber vivido algunos meses al lado de Cleopatra, hizo la reforma del calendario romano, no hay que discurrir mucho para averiguar dónde aprendió aquella medida del tiempo que él decretara y que rigió durante tantos siglos.

En cuanto á la medicina y á su complementaria la farmacopea, puestas por los egipcios bajo el patronato de *I-m-hotpu*, el Asclepios egipcio, los tratados, hoy patrimonio de los eruditos, confirman los elogios que Herodoto hizo del arte de curar y de sus profesores de Misraim; elogio que les permitió reconocer que los egipcios eran los más sanos y saludables de todos los mortales. Sin embargo, daban á sus cincuenta hierbas medicinales y á las pomadas, pociones, cataplasmas y clysteres de que se servían como remedios, tanta importancia como á los conjuros. «¡Oh, demonio! debía decirse para facilitar la accion de los vomitivos, que habitas en el vientre de tal, hijo de cual. ¡Oh! tú, cuyo padre se llama el que abate las cabezas, cuyo nombre es Muerte; cuyo nombre es Macho de la Muerte; cuyo nombre es Maldito por toda la eternidad...» Tambien los agricultores españoles, y testigo el peritísimo Herrera, creían que nada facilitaba más la buena germinacion de ciertas semilla que pronunciar en el acto de sem-

brarlas las mayores blasfemias, maldiciones y súcias palabras posibles.

Esto no obstante, reunieron las observaciones médicas en tratados desde tiempos tan antiguos, que á los pe Ku-fu se atribuye uno de éstos, y á los de H-rap-ti de la dinastía I, el que se dijo descubierto durante el reinado de Send, de la dinastía II, y que, estudiado por Brugsh y Chabas, conocen los egiptólogos con el nombre de *Papiro Medical de Berlin*. En él aparece la aplicacion que hacian á la vida animal humana de la existencia de aquellas aguas de lo alto, sobre las que en eternos, vistosos y transparentes barcos navegaban los dioses. El cuerpo, dijeron, encerraba cierto número de navicillas invisibles que trasportaban los espíritus vitales á través de las venas y las arterias, donde, mezclándose con la sangre, se extendían por todos los extremos del cuerpo, prestándole así el movimiento, la vida. Llegada la muerte, estos espíritus se retiraban con el alma; la sangre se coagula, las venas y las arterias se vacían, y el animal perece.

## IX

La grandeza de la dinastía XII desarrolló vivísimo espíritu de expansion y de propaganda. Y como su fama llegó á regiones apartadas, mientras del Egipto emigraban multitud de aventureros, ansiosos de hacer fortuna unos, huyendo de merecidos castigos otros; á Misraim llegaban familias y áun tribus asiáticas, según, no muchos años después, lo hicieron Abraham y su mujer Sara. Aquella corriente que establecieron los que entraban y los que salían, difundió por extrañas comarcas la cultura faraónica. Sineh, contemporáneo de Usor-tesen y Amon-en-ha-t I, refirió en sus curiosísimas *Memorias*, que al llegar á la tierra de Edom, un jefe de aquellos bárbaros le dijo: «Quédate conmigo, aquí podrás oír la lengua del Egipto.»

El reinado de una mujer, Sevek-nofriu, pone fin á la dinastía XII, como el de Nitacrit le puso á la dinastía VI. Y cumpliéndose la ley de que todo período de grandeza desarrolla los gérmenes que han de producir su ruina, la misma prosperidad que logran tantas ciudades, determinadamente del Delta, como Mendes, Sais, Bubastis y Tanis, es causa de que Tebas pierda su consideracion de capital y de que así cobre alicientes aquella manera de feudalismo, causa de tantos males. Esto no obstante, la dinastía XIII, aunque muy trabajada por la frecuencia con que se interrumpe la sucesion directa, sostiene, si bien no constantemente, la grandeza pasada. Bajo la dinastía XIV, la decadencia se precipita. Xoís, situada en el centro del Delta, aparece convertida en capital de aquella monarquía. Disgréganse los lazos que sostienen la unidad nacional, y el Egipto es una vez más victima de la guerra civil. La confusion de pueblos y de razas, tan enérgica durante la dinastía XII, se interrumpe.

En tanto realizase en el Asia anterior terrible revolucion. Juntas en una las tribus turanias y kusitas, fórmanse al E. del Tigris la Susiana y el reino de Elam, y al O. las naciones soberanas de Sumir y de Accad, de cuya fusion nace la Callea. Fundada esta poderosa civilizacion, Babilonia se levanta: monarcas emprendedores y militares se suceden, y el Imperio Caldeo alcanza notabilísimo poderío. Babilonia, sin embargo, no ha destruido el espíritu nacional de los pueblos que conquistara. El lazo de hierro con que les ata, se rompe, y una invasion de elanitas pone fin al primer Imperio Caldeo, sobre veintitres siglos antes de nuestra Era.

Su caída determina el movimiento de buena porcion de pueblos: unos que huyen de los nuevos dominadores; otros que pasan á ocupar la plaza que aquellos dejaban vacante. De éstos, los kusitas, llegados á los alrededores de Babilonia desde las orillas del golfo pérsico, véense obligados á emigrar. Diríjense á Siria, y desde allí descienden al Egipto, donde entran precisamente en los momentos en que la confusion, el desorden y la debilidad hacen imposible la defensa nacional. Parte de ellos, los *santiu*, arqueros, marchan armados, formando la vanguardia, como encargados de abrir camino: el resto, *mentiu*, pastores, sigue llevando su ajuar y sus ganados, única riqueza de un pueblo nómada.

Estos fueron los celebrados hik-sos, jefe de saqueadores, por los egipcios dichos malditos, pestíferos y leprosos. Dirígelos Shalit ó Salatis, que, no teniendo nada que temer por la parte del S., domina el Egipto inferior, organiza en él un gobierno regular, reparte y cobra impuestos y, á fin de cerrar las fronteras del Asia, levanta un campo fortificado Haur (Avaris), capaz se dijo para 240.000 hombres. En él se formaron aquellos excelentes soldados con quienes se hizo posible tener á raya á los asiáticos y continuar y llevar á feliz término la conquista de todo el país. Trabajo duro y difícil éste, exigió cerca de dos siglos de afanes, y á más todo el valor y toda la pericia del hik-so Asés, que triunfó sobre Tebas, habiendo así terminado los días de la dinastía XV, coetánea de la que fundaran los conquistadores cuando, dueños del Egipto Bajo, establecieron su córte en Ménfis.

Sucedió á los hik-sos lo que á los visigodos en España y á los manchues en China, que, vencedores, aparecieron conquistados por la cultura más adelantada de

sus vencidos. Así, las dinastías XVI y XVII, que constituyen los hik-sos, no interrumpen la marcha de la civilización faraónica... A la dinastía XVI debió pertenecer aquel Afobis, seguramente Aaquenen-Ra-Apapi, bajo cuyo reinado se establecieron pacíficamente y con la protección real, entre el brazo esbenítico del río y el país de Goshen, los numerosos descendientes de Abraham, Isaac y Jacob. Y de cierto no fueron los israelitas los únicos inmigrantes de entonces, que hermanos suyos y de los hiksos eran tantos otros pueblos asiáticos, y á aquellos dominadores convenia mezclar todas estas extrañas gentes entre sus súbditos, como valladar contra los conquistados. Por eso los reciben y tratan con la consideración que significan los altos cargos oficiales que se adjudicaron á José.

Fuertes los conquistadores en el Egipto Bajo, parece no tuvieron empeño en dominar más arriba del Fayum. Los señores feudales del Alto Egipto y el rey de Tebas, aun cuando obligados á reconocer la soberanía del monarca hik-so y á pagarle crecida contribución vivían independientes. Así las cosas, y mandando Apapi en Méfis, y en Tebas, como *hig*, regente, Ra-socnum-Ta-aa I, lleno aquél de fervor, levanta suntuoso templo á su dios nacional Sutekh, y exige al tebano que le preste adoración. El sentimiento religioso egipcio protesta indignado: Ta-aa I pónese á la cabeza de aquella protesta, y tomando el título de *Suten*, rey, funda la dinastía XVII y acepta la guerra.

En ella los egipcios, como nuestros antecesores de los siglos medios, se baten por su Dios y por su patria. La lucha hubo de ser enérgica, sangrienta y secular. Aun cuando no siempre favorable á los egipcios, Ta-aa I y sus sucesores, después de tomar á Méfis, consiguen arrollar á los hik-sos hasta encerrarlos en el campo atrincherado de Haur. Allí la defensa fué larguísima: Ah-mes, hijo y sucesor de Ka-mes, unido estrechamente ante la necesidad de un supremo esfuerzo con los etiopes, con una de cuyas princesas casó, sitia con 480.000 hombres, y vence, aquel fortísimo baluarte. Dentro de él había 240.000 combatientes, que salieron con los honores de la guerra. Impúscos por única condición que abandonarían el Egipto. Hicieronlo; mas descansando en Judea el tiempo bastante para sospechar que se proponían volver sobre sus pasos, allí llegaron los soldados de Ah-mes, que los dispersaron y obligaron á seguir más adelante.

No todos los hik-sos, sin embargo, dejaron el Egipto. Muchos fueron los que no quisieron abandonar su hacienda, casa y familia. Con ellos quedaron las tribus sirias é israelitas, á quienes habían dado hospitalidad. Mas como los egipcios recobraran su condición de señores, y estos asiáticos aparecieron así intrusos y extranjeros, si se les respetó en la posesión de sus tierras, fué á título de colonos y obligándoseles, además, á prestaciones personales duras y al pago de impuestos onerosos. Su condición varió, pues, de todo en todo.

La porfiada y larga lucha de la reconquista cambió la manera de ser de Egipto. Su población viril había hecho de la milicia su modo de vivir, y alentada por el éxito, y halagada por las posiciones que adquirieran y por los premios y mercedes que alcanzaran, señores, capitanes y soldados pidieron á voces la guerra. La política militar y de conquista se impuso á la dinastía XVIII. Con ésta se abre, en efecto, una nueva Era para el Egipto y nuevos tiempos para los destinos de las naciones antiguas: «el ciclo geográfico concluye; la Historia Universal empieza.»

Los faraones de las dinastías XVIII, XIX y XX llegan, con efecto, á dominar en casi todo el mundo entonces conocido. Ah-mes, á quien sus compatriotas consideraron como dios, después de haberle hecho cabeza de la dinastía XVIII, les abre el camino con su expedición á Asia y con la conquista de la Nubia, donde pronto se arraiga y extiende la cultura faraónica. Amon-hotpu I, habido por Ah-mes en la reina negra Nofri-t-ari, gana la Palestina y el Sudán. Thut-mes I, su hijo, añade la Siria y la Mesopotamia. Asocia á su hija Ha-t-schepu, que casa, según la reprobada costumbre faraónica, con su hermano Tahut-mes II, y muerto éste sin sucesión, reina su viuda Ha-t-schepu á título de tutora de su hermano menor Tahut-mes III. Mujer varonil y de ánimo levantado, dirige en persona una expedición marítima al Punt ó Yemen, que forma desde entonces parte de la monarquía faraónica. Y llegado Tahut-mes III á la mayor edad, después de aprendizaje que hiciera como virey de Etiopia (cargo anejo al príncipe heredero), muéstrase tan hábil gobernante, que el orden, la riqueza y la felicidad reinan en el interior; y tan valeroso y afortunado militar, que sus contemporáneos dijeron de él que «ponía las fronteras de sus Estados donde le agradaba.»

«La dominación egipcia no se parece en nada á la de los pueblos modernos, dice una de las lumbreras de nuestro profesorado, el peritísimo historiógrafo Salea y Ferré; los faraones dejaban á las ciudades conquistadas su autonomía religiosa, política y administrativa, y hasta sus reyes, que libremente podían hacerse la guerra, contraer alianzas y concluir paces, solamente les imponían la obligación de prestarles homenaje, pagar tributo y dejar á sus ejércitos paso franco por

las tierras que debían tener cerradas á sus enemigos.» Por eso las rebeliones fueron tan frecuentes, y por eso casi siempre la muerte de un faraon obligaba á su sucesor á rehacer la conquista anteriormente hecha. Tahut-mes III no se vió libre de esta obligación. Su hermana habíase mostrado bastante enérgica para que surgiera la creencia de que su sucesor no lo sería tanto. Los rebeldes se equivocaron: Tahut-mes los dominó, y aun llevó sus expediciones por Africa y Asia y por buena parte de los mares Mediterráneo y Rojo, á comarcas á donde jamás habían llegado sus valerosos antecesores. Constituyó así un imperio tan grande, que comprendía la multitud de tribus, pueblos y naciones extendidos en el inmenso territorio cerrado al E. por el golfo Pérsico y el Tigris; al N. por los montes Armenios y el Táuro; al S. por el Cabo de los Aromatas, y al O. por las islas y costas orientales del Mediterráneo. Los etiopes y los libios en Africa, y en Asia los scha-su ó amalequin, nombre genérico de edomitas ó idumeos y medianitas, fronterizos de Egipto; los sati de la península del Sinaí; los nehschu, mabunu, setebhu y herastum en el Hedjaz; los cananeos, entre los que aun existían restos de los antiguos enaquim y horim, de que salieron los edomitas, y que eran sucesores de los rephaim, zonzomim, zuzim y emim en Palestina; las tribus de sangre tera-hita, de Ammon, Moab, Edom, al E. y S. del mar Muerto; los cananeos marítimos, vecinos del Mediterráneo, en la Fenicia, á que dieron nombre; y más arriba, los cananeos agrícolas; y fronterizos de éstos, de un lado los rotenu, que llegaban hasta el Asia Menor, y de otro los khetas, que se extendían hacia el Eufrates, y cuyos rotenu y khetas constituyeron inmensas confederaciones de los más variados y distintos pueblos; todos reconocían la autoridad del hermano de Ha-t-schepu, y recibían á raudales la influencia faraónica, llevada por las armas, impuesta por la necesidad y sostenida por las continuadas marchas de los soldados egipcios.

De esta suerte, además, se establecen entre los pueblos dominados y el Kemi-tan frecuentes y tan íntimas relaciones, que el antiguo carácter nacional de unos y otros pueblos desaparece. Amon-hotpu IV, separado de Tahut-mes III por tres reinados, realiza una profunda revolución religiosa. Casi idiota, é influido por su madre Tii, de sangre extranjera, quizá israelita, proclama un nuevo dios, Aten ó Adon, el disco solar, é introduce el nuevo culto á él correspondiente. El antiguo sentimiento religioso faraónico se indigna y estalla terrible lucha, á que pone fin Hor-em-heb, emparentado con la familia reinante y cuyo gobierno significa y es el triunfo del antiguo partido sacerdotal y ortodoxo.

En Hor-em-heb termina la XVIII dinastía. Ra-mes-su I que abre la siguiente, y que pertenece á una de las familias de los antiguos hiksos que quedaron en Egipto, restablece el culto de Suteh, dios de los Apapi. Su sucesor Seti, en cuyo hijo Ra-mes-su II, ó Sesostris el Grande, se vuelve á la legitimidad, aun cuando no puede evitar que se mermen las antiguas conquistas, emula los triunfos militares de Tahut-mes III, y tras largas guerras con los khetas, véase obligado á tratarlos de igual á igual, y firma con su rey Sapul un convenio de amistad. Ra-mes-su II, en quien se personificaron todas las glorias egipcias, aun cuando no inmerecidamente, sostiene porfiada lucha con los khetas, ya entonces confederados con los pueblos del Asia Menor, y confirma la paz suscrita por su padre. Prenda de esta paz fué el matrimonio de Ra-mes-su II con la hija mayor del rey Khetasira, y la visita que éste hizo á la corte de Tebas. De tal modo abrió todo esto la puerta del Egipto á la cultura asiática, que los templos faraónicos recibieron en sus altares buen número de divinidades siro-fenicias; y como escribe Maspero, «púsose en moda el uso de los dialectos sirios, manifestando empeño el alto mundo y los sábios en esmaltar su lengua con locuciones extranjeras. No fué de buen gusto habitar una casa, *pa*, sino un *quiriath*; ni llamar á una puerta *ro* y si *raa*; ni acompañarse con el harpa, *ben*, sino con el *kinnor*. Los vencidos, en lugar de prestar homenaje, *aan*, al faraon, lo hicieron el *schalam*, y las tropas no marchaban á gusto sino al son del *tupar*, tambor. Faltaba la voz semítica para nombrar un objeto: pues se procuraba desfigurar la palabra egipcia, á fin de darla al menos la apariencia asiática. En lugar de escribir *khabs*, lámpara; *sensch*, puerta, se escribía *khabusá* y *saneschau*. El Egipto no era ya la nación severa, celosa de su cultura, cerrada á toda extraña influencia y orgullosa de su alta significación. Su grandeza, sin embargo, seguía rayando en lo portentoso, y sus artes, sus ciencias y sus letras brillaban en todo su esplendor.

A la muerte de Ra-mes-su II comienza una nueva decadencia, que será la última. Mi-n-Phtah, su hijo y sucesor, aunque sale del trance con fortuna, sufre la vergüenza de ver á Egipto invadido por libios y pelasgos, que se presentan juntos, precedidos por los *turscha* ó tirrenos, quienes marchan con sus mujeres, hijos y ajuar bajo las órdenes de Mermain, rey de los *lebu* ó libios. Muerto Mi-n-Phtah, la anarquía estalla. Durante ésta, que fué larga y profunda, Egipto experimenta una desdicha semejante á la que produjo aquel error

estimado por Richelieu el mayor de cuantos errores hizo monarca alguno; más censurable en el rey español que le compelió á viva fuerza, que en el egipcio que procuró impedirle. Los israelitas, que de protegidos por los Pastores habían pasado á la condición de esclavos, aprovechan aquellos momentos de desgobierno, y dirigidos por Moisés, ya *eruditus omni sapientia cegyptiorum, potens in verbis et in operibus suis*, salen de Egipto. ¡Y los israelitas, como los moriscos españoles, eran por su número y por su laboriosidad el núcleo de la riqueza del país!

Bajo Ra-mes-su III, fundador de la dinastía XX, y cuyo advenimiento (1311) fija la cronología faraónica, la decadencia se detiene. Ra-mes-su III restablece buena parte de las conquistas de los Ammon-hotpu y los Tahut-mes, y arroja de la parte occidental del Delta número considerable de libios que allí se establecieron. Realízase, sin embargo, una nueva invasión de pueblos mediterráneos. El faraon los vence; mas como van con cuanto poseen, cual pueblo ganoso de hacerse con una patria, los establece entre el torrente de Egipto y Yapho, donde fundan el pueblo filisteo. Poco después caen en el Egipto, por su parte oriental, inmensa multitud de libios. Ra-mes-su los castiga; mas son tantos los prisioneros que hace, que les asigna tierras en el Delta, con la obligación de servirle con las armas.

Bajo el reinado de este faraon, satirizado en caricaturas y objeto de conspiraciones de serrallo, aparece patente la corrupción de costumbres, que tanto camino hiciera en Egipto desde el momento en que pareció estrechamente unido al Asia. Las riquezas adquiridas con escaso trabajo, el orgullo del dominador y la lepra de la esclavitud, sobre todo cuando ésta recae en pueblos cultos, desarrollaron el lujo, los vicios, el ansia de placeres y los apetitos sensualistas. Aquellos fueron los días del Bajo Imperio faraónico.

En medio de tanta degradación y de tan lamentable desconcierto, espíritus generosos é inteligencias preocupadas vuelven la vista al pasado. Y al contemplar tantas novedades en las costumbres, en las creencias, en las instituciones, en la lengua, en todo; estimando estas novedades, no como consecuencias históricas que eran, sino como causas de aquellas desdichas, las abominan y maldicen. Surge así el propósito de resucitar lo que fué, y fórmase alrededor de este propósito un partido. Representante del pasado, en él corresponde el primer lugar á los sacerdotes, que, si no constituyeron jamás una casta, como clase tuvieron absoluto poderío, que les arrebataran escribas y militares. Era entonces aquel sacerdocio una inmensa fuerza. Reconocida por todo el Egipto una capital, así como el poder administrativo, civil y militar en ella residente, se imponía, así su autoridad religiosa fué por todos os nomos atacada. El Gran Sacerdote de Tebas apareció por tanto como el Sumo Pontífice de la iglesia faraónica. A ello concurrió el hecho de que, desdichados por los monarcas militares sus deberes religiosos, los sacerdotes ocuparon su lugar. Dueños así de no pocos resortes del gobierno, desempeñan, al lado de aquellos faraones de decadencia, un puesto parecido al que desempeñaron los mayordomos de palacio cerca de los reyes Holgazanes. Un paso más, y no faltará un Pepino que pregunte si el verdadero monarca es quien lleva el nombre ó el que ejerce la autoridad.

A Her-Hor, gran sacerdote de Amon, le cabe la responsabilidad de haber sacado esta última consecuencia de aquella política sacerdotal. Sobrado ambicioso y sin comprender lo arriesgado del empeño, depone á Ra-mes-su XIII y proclámase rey. La teocracia ha vencido: el faraon será un sacerdote. Mas aquella reacción es efímera: la monarquía teocrática concluye en Her-Hor. Sus frutos son, sin embargo, tales, que, ahondados los motivos de descontento, la anarquía, el desgobierno y las luchas fratricidas llegan al límite. Perdida toda autoridad, las provincias de Asia rompen definitivamente su vasallaje. Egipto se reconcentra en sus naturales fronteras, y á tal extremo llega la decadencia interior, que todo, absolutamente todo cuanto constituyera la grandeza faraónica desaparece. Ra, «que tiene la eternidad en su puño y á cuya sombra se asienta la tierra,» comparte la devoción del pueblo con *Bes*, dios grotesco del placer, del baile y del tocado. Los colegios sacerdotales se abren á los extranjeros; y el «negro estúpido» y el «noble asiático» se imponen, y el culto degenera. El arte desaparece: el simbolismo hierático enerva al artista, le impacienta, le esteriliza. Las costumbres llegan á la depravación consiguiente al olvido de todas las virtudes. La vida nacional del Kemi-t toca á su término. Y todo esto, que cerraba cerca de cuarenta siglos de gloriosa historia, sucedía cuando aún los israelitas no pensaban en constituirse en monarquía. ¡Con cuánta razón dijeron los sacerdotes egipcios á Solon: «Vosotros, griegos, sois de ayer!»

El desprestigio de Misraim fué tan grande, que poco después será invadido por los etiopes, aun cuando á título de amigo y á manera de como España lo fuera por los cien mil hijos de San Luis, y luego conquistado por asirios, persas y griegos, cuyos griegos, antes de Alejandro, habían establecido en él una manera de

dominación, no muy diferente a la que quizá se intenta en estos días que corren.

Aun en sus postrimerías, Misraim recorrerá con sus naves lejanas aguas, y unirá los mares Rojo y Mediterráneo por medio de un canal que desaguará en el Nilo, y verá levantarse a Alejandría, archivo del saber del mundo antiguo, y que seguirá haciendo del Egipto el camino obligado del comercio entre Oriente y Occidente; y llegado el momento en que Roma le llame a sí, sabrá subyugar con sus encantos a César y a Marco Antonio, y aún morir bellamente con su última reina, la hermosa Cleopatra.

Desde el comienzo de la dinastía XXI, Egipto duerme, pues, bajo la severa vigilancia de Har-m-akhuti. Pero ¿qué importa, para los destinos del mundo y de la causa del progreso universal! Si el Egipto faraónico no está en el valle del Nilo, hállese, en cambio, extendido por todas las comarcas de la tierra. Y si su espíritu es grande, conservado como recuerdo por los colegios sacerdotales, más lo es informando las costumbres, las instituciones y las creencias de tantos pueblos.

## X

Como queda expuesto en los apartes anteriores, declara cumplidamente hasta dónde es inmenso y trascendental el aparato de la historia faraónica, reunido por las investigaciones contemporáneas; de cuyo resultado dudaba Cantú, aun después de llegar a donde las llevaron Young, los dos Champollion, Salvolini, Lepsius y tantos más que escribieron antes que él. Ha cambiado, pues, la manera de ser la Historia Antigua, y en su virtud toda la ciencia de la Historia.

Artículo de fé eran, y merecían serlo, las afirmaciones del padre de la Filosofía Católica de la Historia, que en presencia del relato bíblico perfectamente seguido, y de los deshielvanados, improbables y contadísimos hechos que constituían toda la historia profana, consideraba a ésta, aunque independiente de la historia sagrada, como un largo episodio, cuya existencia se explicaba, porque «de los imperios orientales se valió Dios para que el pueblo israelita cumpliera los altos destinos a su trabajo encomendados.» Saltaba, es cierto, a la vista, que para los libros históricos del Antiguo Testamento, sólo eran cuestión algunas razas blancas; mas ¿cómo no ofrecer por asunto único y principal, que llenara todo el cuadro de los tiempos anteriores a Ciro, las leyendas bíblicas? ¿Cómo no estimar la historia de los pueblos no israelitas, a manera de exornación y escolio, de que en todo caso podía prescindir? Hoy esto no puede sostenerse. A la narración seguida que partiendo del Hombre genesiaco pasaba por los Patriarcas para llegar a Noé, y después de Abraham, y desde Abraham a José, y luego a Moisés, colocando en tratados sueltos, sin relación entre sí, antes ó después de esta narración, tales cuales noticias sueltas de Egipto, Caldea, Asiria, Persia ó India, ha sustituido un método de todo en todo distinto.

Ya no es lícito colocar en cabeza de la Historia Universal a Israel, y ni aun siquiera estudiar separadamente la historia de cada uno de los demás pueblos orientales; que ni el hebreo fué el más antiguo, ni los pueblos orientales, una vez constituidos en imperios, vivieron aislados, sino bien, por el contrario, en íntimas y continuadas relaciones. Y en cuanto a su sucesión, el egipcio aparece como el más antiguo. Presentase luego el caldeo, a donde Egipto llega más tarde con sus armas y con su influencia. Siguenle los cananeos, de que salen Siria y Fenicia; y en tanto, Israel se forma en Egipto, de donde se dirige a su tierra prometida. Caldea renace, y tras Caldea, Asiria, que se extiende hasta las fronteras de India. De las ruinas de Asiria fórmase el imperio Medo, y sobre él álzase Persia, que ata a su carro vencedor todo el mundo oriental conocido, excepto Arabia, que reconoce, sin embargo, su autoridad moral, como tantos otros pueblos que viven sin especial misión histórica.

De todos estos imperios se tiene además el bastante conocimiento para asegurar que no constituyen la primera época de una Edad, sino todo un mundo, toda una Historia. Aun cuando los unos son después de los otros, ni su eslabonamiento les enlaza de tal modo que constituyan una unidad, ni ofrecen caracteres a todos comunes. Entre Egipto y China hay una humanidad de por medio. Abrazarlos bajo una consideración, pareceme tan señalado atrevimiento, como estimar al Oriente la tesis, a Grecia la antítesis y a Roma la síntesis. Grecia pudo ser antecedente de Roma, y el Imperio indispensable para la extensión del Cristianismo y el consiguiente planteamiento de la Edad Media, de que salieron las nacionalidades modernas, comienzo de esta maravillosa civilización contemporánea, que permite sospechar si la Edad Novísima alcanzará la plenitud de los tiempos. Mas ¿cómo afirmar que se ha descubierto ya una ley parecida entre los imperios del mundo antiguo?

Y, sin embargo, esta ley existe. Quizá no se dió con ella, por no tener lo bastante en cuenta, que cada una de las razas realiza una parte tan sólo del fin humano. Etiopes, mogoles y caucásicos persiguen indudablemente el mismo ideal, pero sólo le ven y le cumplen bajo

uno solo de sus aspectos; que si el trabajo de los unos arranca desde donde los otros le dejaron pendiente, como todos los hombres, aunque del mismo modo perfectibles, no tienen idénticas aptitudes, no todos pueden cumplir el mismo empeño. Quizá la obra de la raza etiópica terminó donde comienza la de aquellos pueblos moranos, sus congéneres, de que tantos vestigios quedaron en diferentes comarcas de Asia y de Europa, y de que son natural selección, aquellos bereberes que engendraron a los egipcios. Dan éstos la mano a Caldea presentando en la Historia a los semitas. Juntanse semitas y arios en Média: sobrepónense éstos y nace Persia, que, dominando todo el mundo oriental, empuja, y mueve y mezcla los más distintos pueblos asiáticos, infundiéndoles en ellos la sangre aria, como luego lo hiciera Alejandro, que, al alzarse con el imperio Persa, aspira a constituir una más alta unidad: la unidad del Oriente y del Occidente. Los arios, por su parte, extiéndense unos hacia el E., y crean la India, que produce el Brahmanismo y luego al Budha; mientras dejando otros en la Bactriana el contingente de que saldrá Zoroastro y más tarde Ciro y Darío, pasan desde el Asia Anterior al Asia Menor, y luego a Grecia y a Roma y al resto de Europa, para volver, después de producir admirables civilizaciones, a encontrarse de nuevo con los semitas, de cuyo seno sale la divina figura de Cristo, y siglos más tarde la de Mahoma.

En tanto China hace su vida de todo en todo apartada del comercio con etíopes y caucásicos. Más apta para la cultura que sus hermanos de raza amarilla, une y funde multitud de pueblos mogoles; constituye con ellos un mundo aparte, que se desenvuelve y desarrolla conforme a las leyes peculiares y exclusivamente suyas; funda maravillosa civilización de que son cabeza Fo-hi, Lao-tseu y Confucio, y resultando de esta suerte superior a sus hermanos los hunnos de Atila, los mogoles de Gengis-kan, los turcos de Mahomet y los tártaros modernos, si no satisfecha, conforme, deja que los tiempos trascurren sin intentar siquiera salir de su estóica inmovilidad.

La Historia Universal debe, pues, mucho a Egipto. Por las relaciones que establecieron sus conquistas vivió en todo el mundo anterior a Grecia, y por la grandeza de su civilización impúsose a los más distintos pueblos. Vino de esta suerte a ser en la primera época de la Edad Antigua lo que Grecia fué en la segunda y lo que Roma en la tercera: el gran educador que ocupó el primer puesto en la marcha siempre progresiva de la humanidad. No hubo país ó raza en aquel entonces a quien no prestara elementos de cultura muy estimables. Y como los pueblos modernos recibieron energías influencias de los antiguos, todos le deben algo muy fundamental. Las mismas naciones cultas contemporáneas, neo-latinas ó anglo-sajonas, podrán no llevar en sus venas ni una gota de sangre egipcia, pero sí profesan más de una creencia, ó tocan tal resultado ó logran cual fruto, merced a la obra que dejó hecha aquel pueblo que parecía tener conciencia de su misión al llamarse a sí mismo *To-r-ser-ef*, la tierra entera.

Él adivinó, aunque imperfectamente, el monoteísmo y explicó la noción de la trinidad por tantas religiones admitida y la creencia en un Dios increado, que hace el mundo por medio de su palabra y que forma al hombre del barro de la tierra. Él construyó un código moral, no basado en la caridad, pero sí tal que, aun cuando incompleto, consigna las bienaventuranzas, el amor al prójimo y el deber de no salvar la vida propia a costa de la ajena. Él fundó el concepto de la espiritualidad del alma, y como consiguientes necesarios de esta espiritualidad, el de su inmortalidad y el de la resurrección de la carne, de que son cortejo indispensable los premios y castigos en la otra vida, y su correspondiente infierno, purgatorio y paraíso. Él, como lo pensaran tantos ilustres teólogos y moralistas, reconoció el mal y el bien, no estimando eterno el mal; pero si sustituyendo a esta eternidad, la nada, el no ser. Él preconizó la eficacia del sacrificio, de la oración del agua bendita, del exorcismo y de las purificaciones, consideradas éstas en las iglesias de Moisés, de Brahma y de Budha, como regla de vida importantísima para la salvación. Él aconsejó y practicó la circuncisión, y la abstinencia de la carne de puerco, y las comidas de vigilia, y tantas otras reglas higiénicas convenientes a la salud. Él dignificó a la mujer más que pueblo alguno de la antigüedad, estimándola compañera del hombre, y no su sierva; ocupándola en trabajos que sólo desempeña hoy en países muy cultos, y reconociéndola aptitudes para poder llevar sobre su cabeza el simbólico *skhent*, y así representar a Dios en la tierra y tener en sus manos las riendas del gobierno y de la administración. Él fué modelo, para cuantos le conocieron y trataron, de pueblos que saben practicar por costumbre y por convencimiento las hermosas virtudes, que consisten en amar y temer a los dioses y tributarles culto, y en respetar a los padres, a los ancianos, a los superiores y a la esposa, y en educar a los hijos en la religión y en la ciencia. Él inventó el alfabeto y la numeración que decimos arábica, y enseñó a griegos y romanos el sistema de notación numeral por ambos pueblos aceptado. Él descubrió no pocos secretos de la aritmética y de la geometría y fijó la medida del tiem-

po, estableciendo la diferencia entre el año solar y el civil, enseñando así el medio de concordarlos por la admisión del año bisiesto. Él estudió con provecho, no la constitución del cuerpo humano, cuyo conocimiento es de ayer; pero sí muchas enfermedades y muchos remedios minerales y vegetales, que de ellos aprendieron higienistas y médicos ilustres de la antigüedad. Él enseñó a los griegos las perfecciones de la escultura, no pocas reglas del arte de la edificación y la columna. Él hizo canales de riego y construcciones hidráulicas como el Meri, casi tan importantes como el gran canal de China. Él se adelantó en muchos siglos a Lesséps, realizando, aunque siguiendo distinta dirección, su misma portentosa obra. Él dió con sus naves la vuelta al Africa, mostrando que los más lejanos mares no eran obstáculo a su expansiva propaganda. Él cubrió de pirámides, templos, palacios, propileos, sepulcros, obeliscos y estatuas gigantescas; ¡cuarenta mil se dice se destruyeron al declarar religión del Estado el cristianismo en ambas orillas del Nilo, de quien el Egipto era un don!.. ¿Cómo no celebrar tanta grandeza y tanta maravilla?

Y perdón por haber infringido la costumbre de desenvolver en este solemne acto un tema de interés general que a todo el profesorado importe de igual modo. La afición a los estudios que me son obligatorios, pudo en mí más que la regla casi siempre cumplida. Sirvame de disculpa mi incompetencia para más altos fines; pero no ocultaré que a ello me llevó generoso propósito. Las modernas investigaciones han realizado una revolución radical en la manera de presentar la Historia. Estudios y resultados, no todos de ayer, aun no han tomado carta de naturaleza en nuestro país, a pesar de los esfuerzos y profundo saber de mis compañeros de enseñanza, en escuelas, Institutos y Universidades. La Historia es aún para la generalidad que no cursa en nuestros establecimientos de instrucción pública, lo que era hace treinta ó cuarenta años. Libros considerablemente distanciados, por lo que hoy saben los niños de primeras letras de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia y Suiza, son aún estimados como la *Summa* de la Historia Universal. Fechas, sistemas y conclusiones, aceptadas por autoridades indiscutibles, estimanse por muchos pecaminosas y reprobables; como si ante la verdad probada cupiera otro recurso que reconocerla y confesarla. Y es deber del catedrático procurar en la medida de sus fuerzas y siempre que la ocasión se le presente, trabajar en favor de su enseñanza.

¡Ojalá que la notoriedad que prestará a estas mis observaciones la altísima tribuna donde he de leerlas, contribuya a despertar en mi patria la afición a los estudios sobre el antiguo Oriente!

Creíame además en el deber de hablar cual cumple a la Facultad de Filosofía y Letras, de cuyo claustro, aunque indignamente, formo parte. Porque sin que ello signifique pretensión, que no la tengo, de establecer jerarquías en los estudios, todos de igual importancia, como ramas distintas de un mismo tronco; mientras las demás Facultades se dirigen a lo práctico, a lo útil, a lo que capacita para lograr un título que consienta el ejercicio de una profesión, los estudios de Filosofía y Letras, sólo conducen a gustar las excelsas delicias del saber.

Estudiar por estudiar, aprender por aprender, penetrar los secretos de la ciencia por el placer de conocerlos, ensimismarse en las investigaciones de la humana razón por el contento que sus resultados producen, es la verdadera misión de esta mi querida Facultad. Puesto bajo este concepto hasta darse ilustres hombres prácticos que no conozcan, ni aun superficialmente, ninguno de los estudios inútiles ó perniciosos. Sería tanto como afirmar que aciertan y que no son dignos de lástima y de conminación los miles de millones de creyentes en la doctrina de Confucio que viven satisfechos, y hasta concurriendo a una obra de progreso, sin preocuparse siquiera de que Dios existe. Donde la ciencia pura no tiene sacerdotes y fieles, las enseñanzas prácticas son como tantos templos y palacios egipcios que aun cuando de estructura y formas gigantescas, faltos de sólidos cimientos, cayeron en ruinas antes de lo que merecía su excelente fábrica.

Las enseñanzas de Filosofía y Letras constituyeron la base y contenido de las Universidades, allá cuando estas supremas instituciones nacieron a la vida. Ellas las alimentaron constantemente, y ellas existirán siempre, mientras existan establecimientos de enseñanza, públicos ó privados, sostenidos por los gobiernos ó por la iniciativa particular; que sean las que quieran las reacciones ó las revoluciones que puedan sobrevenir, a manera del espíritu de Dios que las inspira, sobrevivirán a todos los embates y fluctuarán sobre todos los cataclismos. La Facultad de Filosofía y Letras, con este ó con otro nombre, con muchos ó con pocos alumnos, con un cuadro de enseñanzas completo ó deficiente, es inmortal, y sobre todo, después de haber las Universidades españolas afirmado y puesto fuera de discusión la ley de su vida: la libertad de la ciencia.

Un docto dominico que llenó con su nombre un momento de las luchas intelectuales contemporáneas, encarece las Universidades alemanas, diciendo que en

ellas «la ciencia es libre, los métodos libres, la elección de las cuestiones libre, el profesor libre, sucediendo así que en ellas la libertad lo anima todo y todo lo vivifica.» Hubiese asistido á nuestras Universidades y hubiera podido decir de ellas poco más ó ménos lo mismo.

El profesor en su cátedra y como catedrático es libre, absolutamente libre, sin más limitación que su prudencia. Nada ni nadie le impone la doctrina que ha de enseñar, ni la ciencia que ha de creer, ni el sistema que ha de enseñar, ni áun siquiera los reglamentos le marcan los límites de su programa. El Estado, encerrándose en sus propias funciones, sólo le exige severa moralidad, profundo saber y arte para enseñar. Por eso las Universidades están abiertas á todas las opiniones, y por eso yo, con perfecto derecho, fundo mis convencimientos y mi doctrina en la afirmación del sábio abate, académico de la francesa y escritor católico del pasado siglo, Mr. Millot, que, discurrendo sobre un tema semejante al por mí tratado, decía: «La Providencia ha querido que la revelación hiciese santos y no sábios.» Si; dentro de estos augustos templos, levantados exclusivamente á las ciencias humanas, todas las oraciones que arrancan de la conciencia, sueñan bien. Más áun cuando muy aceptas las que responden al sentimiento, entiendo yo lo son más las que, fundadas en la razón, se ofrecen como resultado de libre, libérrima investigación, separada de todo linaje de preocupaciones y de prejuicios.

Felices los maestros, que al alcanzar estos tiempos podemos lanzarnos, sin que nadie nos detenga ni lleve de la mano, por el camino que mejor cuadre á las condiciones de nuestro espíritu. Y más felices vosotros, estudiantes de esta Universidad. Oyendo á unos y á otros, comparando procedimiento con procedimiento, doctrina con doctrina, sistema con sistema, opinion con opinion, y contrastando lo que en una cátedra aprendisteis con lo que se os enseñó en otra, podreis fundar vuestro propio convencimiento. Lo que sepais estará arraigado en vuestra inteligencia, y será saber vuestro, no porque lo oísteis y os lo digeron, sino porque vosotros teneis á mano un razonamiento más ó ménos perfecto, pero vuestro al cabo, con que demostrarlo. Los argumentos de autoridad científica fueron á reunirse con los dioses paganos: los libros aprendidos de memoria, son en las Universidades un contrasentido. Y pues que concluyeron los días de los repetidores, llenad vosotros los tiempos de los hombres de ciencia.

## LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

### Jaime el Masovero

#### I

—¡Jaime en el pueblo! ¿Que pasará en la masía?  
—¿Qué milagro es éste? Algo sucede en la montaña, cuando el lobezno baja al llano.  
—¿Pero es Jaime el masovero? ¡Si no lo viera...!

Esto se decían las vecinas de un pueblecillo de mala muerte, en la alta montaña de Cataluña, las cuales, atraídas por el rumor de pisadas de caballeras, se habian asomado á las puertas de sus casas, viendo pasar á un apuesto jóven que, montado en un mulo y llevando otro del diestro, se dirigía á la plaza de la Iglesia sin darse cuenta de la curiosidad, de que era objeto. La penetrante mirada de sus negros ojos y su pálida tez realzaban la tristeza que se reflejaba en su semblante.

Vestía traje de pana negra, cubría su cabeza morada *barretina*, é iba embozado en una manta morellana.

Así que llegó á la plaza se apeó, ató los mulos por los ronzales á los barrotes de una reja, y llamó á la puerta de la casa rectoral.

Abrieron; entró, y salió poco despues una muchacha, que no tardó en volver acompañada de Antonet el sacritan.

No había trascurrido media hora, cuando *mosen Juan* y Antonet, montados en los mulos, y Jaime á pié, tomaban el camino de la *masía* del Coll. La madre de Jaime se moría. Iban á administrarla los últimos sacramentos.

#### II

El único amor de Jaime era su madre; en ella habia reconcentrado todo su cariño, todas las afecciones de su alma. Jaime era el único amor de su madre; hacia tiempo que vivian exclusivamente el uno para el otro.

Nunca conoció el jóven á su padre, ni habia oido hablar de él en toda su vida. Amigos, jamás los tuvo, desde un día en que, cuando aún era muy niño, regañando con otro muchacho de su edad, hubo de llamarle su adversario «hijo de una tal.» No bien dicha, cuando ya estuvo vengada la afrenta; Jaime abrió de una pedrada la cabeza, al que se habia atrevido á infamar á su madre.

Acudió la del herido y quiso maltratar á Jaime. Vino la de éste en su defensa y ambas se trabaron de palabras.

—A mi hijo no le pega V.

—¿Y por qué ha descalabrado al mio?

—¿Y él por qué le ha insultado?

—¿Y qué le ha dicho al *angelet*?—preguntó con sorna la madre del descalabrado.

—¡Me ha llamado hijo de una tal!—exclamó Jaime, indignado todavía.

—¿Y por qué lo eres?—replicó la mujer á grito pelado.—Pregunta, pregunta á tu madre de que se murió tu abuelo. Y si se atreve á decirtelo, te dirá que de vergüenza al saber la mala mujer que tenia por hija.—

Tuvo intenciones Jaime de hacer con la madre lo que habia hecho con el hijo; pero no se lo permitió su asombro, al ver que la suya, sofocada y hecha un mar de lágrimas, le cogió de la mano y le metió en casa, sin replicar palabra á los insultos de la vecina que siguió vociferando:

—¡Miren la muy bribona, con que humos cria al hijo de Dios sabe quién!—

Desde aquél día notó Jaime lo que antes no habia notado; en el pueblo nadie se trataba con su madre y todos la menospreciaban. Como él no podía comprender que pudiera haber razon que lo justificase; como en su apasionado cariño por ella estaba en su pensamiento cien codos por encima de la Virgen misma, le hirió de tal manera la conducta de los vecinos con su madre, que concibió odio y desprecio á la humanidad entera, y esta misantropía fué creciendo en él con los años.

Pocos días despues de este suceso, madre é hijo se fueron á vivir á la *masía* del Coll, que era de su propiedad, y estaba situada junto al camino de Gerona, casi en la cima de la montaña.

Sin tratarse con nadie más que con su madre y con los criados á quienes hablaba lo preciso para dirigir las faenas de la labranza, ni áun para oír misa consiguió aquella que bajase al pueblo. Pasaba los días enteros en lo más abrupto de la montaña contemplando los grandiosos espectáculos con que le brindaba la Naturaleza, y desde que un pintor estuvo algunos meses en la *masía* tomando apuntes de sus preciosos y selváticos alrededores y le dió algunas lecciones de dibujo viendo que el muchacho mostraba afición, la única distracción de Jaime era copiar á su manera los grupos de árboles inmediatos á la casa, la fuente vecina, la pequeña y ruidosa cascada que formaba al caer de lo alto de unas peñas el próximo torrente y, en una palabra, las sitios más pintorescos de aquellas montañas.

#### III

Verde, más bien que pálido; ceñudo el semblante; entornados los ojos, pero sin verter una lágrima; de pié, con la frente apoyada en el brazo izquierdo y éste en el quicio de la cerrada puerta del cuarto en que su madre se confesaba con *mosen Juan*; con el brazo derecho naturalmente caído y la *barretina* en la mano, Jaime, presa de un dolor profundo aunque mudo, sentía que se apoderaban de su alma tan pronto el desaliento como la desesperación.

¡Iba á dejar en su corazón tan inmenso vacío la muerte de su madre, que se preguntaba con amargura para que quería vivir en un mundo aborrecido, y empezaba á odiar la vida como odiaba ya la humanidad!

Oía el débil murmullo de la voz apagada de la enferma, que producía en su alma un efecto mortal, parecido al del eco de una voz que se alejaba en un sepulcro vacío. Cesó la voz, oyóse la más sonora de *mosen Juan* que dirigía palabras de consuelo á la moribunda, y hubo despues algunos momentos de silencio. Sin duda rezaban; tambien él rezó.

Pausados pasos volvieron á interrumpir el silencio, y *mosen Juan*, abrió la puerta.

—Vén, Jaime,—dijo.

Jaime de un salto vino á caer de rodillas junto al lecho de la enferma, soltó la *barretina* que cayó al suelo, cogió entre sus manos la de su madre, y, llorando como un niño, la besó una y mil veces.

—Hijo mio,—le dijo su madre con voz entrecortada por la fatiga y tomando aliento á cada palabra,—*mosen Juan* vá á contarte...

Un fuerte golpe de tos no la dejó concluir.

—Sí, Jaime,—dijo *mosen Juan* con entonación solemne—¡vas á saber la triste historia de tu pobre madre! ¡Vas á saber en qué circunstancias tan desdichadas viniste al mundo!—

Y el buen sacerdote empezó su narración. Con la mirada fija en él, sin separarla más que para dirigirla de vez en cuando á una cuerda de cañamo suspendida de una escarpia en la pared, escuchaba Jaime con afán creciente las palabras del venerable anciano, mientras que la moribunda

tenía clavados los mortecinos ojos en el semblante de su amado hijo. Cuando concluyó *mosen Juan*, Jaime se incorporó violentamente, y exclamando: —¡Madre! ¡Madre mia de mi alma!—abrazó la cabeza de la enferma, la besó en la frente, y al besarla despues en los lábios, recibió en los suyos su último suspiro con un «hendito seas»—últimas palabras de aquella anciana de... cuarenta años!

### Las dos rivales

#### I

La juventud, la hermosura, la gracia y la alegría hacian de Marta, la más linda muchacha de toda la provincia de Gerona.

Agasajada por los mozos, admirada y ponderada por jóvenes y ancianos, las mozas la envidiaban y, más que todas, Marieta la hija del señor alcalde. ¿Y cómo no habia de envidiarla y aborrecerla, si los celos corroian su alma? Jusepet, el más garrido *noy* de aquellos contornos, sin hacer caso de Marieta, que se lo comía con sus ojos negros, bebia los vientos por la aborrecida Marta que, con inocente é innata coquetería, tan pronto le hacia concebir esperanzas, como le desesperaba, contestando con ruidosas carcajadas y donosas burlas á sus instancias amorosas.

¿No era cosa de desesperarse, pensaba Marieta, ver á Jusepet más enamorado de Marta, cuanto más jugaba con él aquella loca, y cada vez más desdeñoso con ella que le haría objeto adorado de toda su apasionada ternura, y estaba dispuesta á ser su esclava sumisa á la más insignificante palabra amorosa que la dirigiese? ¿Acaso sus rasgados y hermosos ojos, su agraciado rostro, su hermosa y abundante mata de pelo negro, su bien formado y airoso cuerpo, su gentileza y garbo al andar, valian ménos que los ojos azules y pálida tez de aquella rubilla presuntuosa?

El odio que la tenia subió de punto, cuando notó que ya no se reía Marta de Jusepet, y que por el contrario, se iba convirtiendo de bulliciosa en reflexiva; cuando vió en el semblante del *noy* reflejada la alegría propia de un amante correspondido; cuando se susurró en el pueblo que Marta y Jusepet tardarían en casarse lo que tardaran en convencer al señor Valero, padre de la novia, de que no estaban ellos para esperar á que la jóven, que tenia entonces diez y siete años, cumplierse veinte, edad hasta la cual no queria dar aquel su consentimiento para la boda.

Y los rumores era ciertos. Al taciturno y sombrío señor Valero, viudo de una adorada y hermosa mujer, le costaba mucho separarse de su hija única que, con sus canciones y carácter expansivo alegraba la solitaria *masía* del Coll en que vivian. El novio de Marta era muy de su agrado por lo trabajador y buen muchacho; así es que todo el pueblo estaba persuadido de que la resistencia de Valero á que los chicos se casasen enseguida, no habia de ser muy tenaz, ni duradera. El egoísmo de un padre cariñoso desaparece siempre ante la felicidad de sus hijos.

Segura Marta del tiempo, era la criatura más feliz de la tierra. El presente no podia ser más halagüeño, el porvenir la sonreía. Amaba y era amada; su padre la adoraba. Tanto Jusepet como ella, si no ricos, tenian los suficientes bienes de fortuna para vivir con desahogo.

¿Qué más podia pedir?

Hasta miraba con simpática compasión á su rival, considerando lo desgraciada que era al amar á Jusepet y verse desdeñada. ¿Podía haber mayor desdicha? ¡Dichosa ella que estaba segura de su amor!

Un día de mercado que bajó al pueblo para hacer unas compras, Marieta se acercó á ella y la dijo:

—Tengo que hablarte.

—Dí lo que quieras.

—Dicen que vas á casarte con Jusepet.

Marta no contestó.

—No me lo niegues; lo dice todo el mundo y hasta él mismo ha tenido la crueldad de decirlo delante de mí, sin ver lo que yo estaba sufriendo.

A Marta tampoco ahora se le ocurrió nada que replicar.

—Pues mira, Marta;—continuó diciendo Marieta en voz baja y tono apasionado.—Tu, sabes, que le adoro con toda mi alma... Sin tí estoy segura de que me hubiese correspondido... Te lo ruego por cuanto más quieras en este mundo, por la salud de tu padre, por la memoria de tu madre, —añadió con voz suplicante y lágrimas en los ojos la hermosa morena.—¡Dejámele!... No te cases con él... ¡Dios te premiará todo el bien que con esto me hará!...

—¡Oh! nó—la interrumpió Marta, aunque muy ruborizada y con los ojos bajos, con voz firme y resuelta.—¡Es imposible, porque... yo tambien le amo con todo mi corazón.

—¿No? ¿Dices que no?—rugió más bien que dijo Marieta; cuyos ojos empañados por las lágrimas que á ellos acababan de asomar, lanzaban rayos sobre la trémula y acobardada Marta.—¡Está bien! Haz lo que quieras, pero te juro no será tu marido, aunque para evitarlo hubieses de morir tú... y él... y el mundo entero. Antes de eso, poco he de poder ó le verás en mis brazos loco de amor por mí, y has de llorar su desdén. ¡Aunque tenga que valerme de hechicerías! Ya lo sabes, Marta!... ¡Qué no lo olvides! ¿Oyes? ¡Qué no lo olvides!—

Y se separó de Marta á tiempo que Jusepet entraba en la plaza y, sorprendido de verlas reunidas, venía hacia ellas. Llegóse á Marta, y al contemplarla pálida, desencajada y llorosa, con amante solicitud la preguntó, lanzando una mirada de ira á Marieta que se alejaba con la cabeza vuelta para verlos, y en cuyos labios se dibujó una infernal sonrisa:

—¿Que te ha hecho esa mujer?

—Nada, Jusepet, nada.

Marieta traspuso la esquina de una calle inmediata, y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

Trascurrieron algunos meses. Marieta siempre que encontraba á Marta la saludaba afectuosamente, sin que ésta tuviese aliento para contestarla.

Así que la veía temblaba como si estuviese aterida de frío, y á la verdad que ella misma se decía que no había porqué. Marieta era otra. Tranquila risueña y alegre, ni recuerdo parecía guardar de su amor á Jusepet, ni de su odio á su rival. Sin duda el tiempo había cicatrizado las heridas de su corazón. Hasta se llegó á decir que estaba en relaciones con un mozo de un pueblo vecino.

## II.

Por aquel tiempo la guerra llamada de los *matinés* tenía desolada á Cataluña. Cabrera, al frente de los tenaces partidarios del carlismo, se sostenía contra numerosas tropas del gobierno en aquellas intrincadas montañas, sin que los esfuerzos de los generales de la Reina Isabel pudiesen acabar con los rebeldes, á quienes apoyaban la mayoría de los habitantes.

Una tarde hizo alto en la *masía* del Coll una columna de tropas que iba al pueblo. Marta estuvo vendiendo los comestibles que había en la *masía* á los soldados, y por su hermosura llamó la atención del jefe, joven y apuesto Comandante de Caballería, que la dirigió algunos requiebros, de los que ella no hizo caso. Cerca ya de anochecer la columna continuó su marcha al pueblo, donde pernoctó. El Comandante se alojó en casa del alcalde.

Con él estaba hablando cuando entró Marieta á sacar la vajilla de un armario y darsela al asistente que iba á poner la mesa y á servir la cena á su amo.

—¿Es hija de V. esta mocita? le pregunto el Comandante al alcalde.

—Para servir á Dios y á V., señor.

—Pues tiene V. una hija muy guapa.

—Favor que usted quiere hacerla, señor.

—Antes de venir á Cataluña me habían dicho que las catalanas eran muy hermosas y voy viendo que no me engañaron. Ahí está, sin ir más lejos, su hija de V. para probarlo, y, además, esta tarde he visto en una *masía* que hay cerca del pueblo, una chica rubia que es un portento. A Marieta le dió un vuelco el corazón, comprendiendo á quien se refería el alojado.

—Ah, sí, Marta, la hija de Valero. ¡Ya lo creo! ¡Es la muchacha más bonita de toda esa comarca. El retrato exacto de su madre, que fué la mujer más hermosa que se ha conocido aquí y en muchas leguas á la redonda.

—¿Qué? ¿No tiene madre?

—No, señor. Murió, hará, para Nuestra Señora de Agosto, ocho años.

—Pues, ¿con quién vive en la *masía*?

—Con su padre y una mujer vieja que la ayuda en las haciendas de la casa.

—¿Tendrá mucho partido entre los mozos?

—No le falta—contestó lacónicamente el alcalde.

Marieta, que en aquel momento ayudaba al asistente á poner la mesa, sonrió maliciosamente.

Hablóse despues de otras cosas. Hubo de salir un momento el alcalde y aprovechando la ocasión, el comandante dijo á Marieta:

—¿De qué te refas cuando pregunté si esa muchacha de la *masía* tenía mucho partido entre los mozos?

—Pues de eso—contestó la joven sonriendo de nuevo.

—¿Y qué es eso?—insistió él.

—Eso que usted decía.

—¿Qué, acaso no tiene partido?

—Sí, señor. Le tiene y muy grande... Hay muchos que dicen es muy buena con ellos—dijo Marieta con la pérvida intención de perjudicar á su rival.

Al día siguiente el comandante tuvo que salir del pueblo con la columna en cumplimiento de las órdenes que tenía.

Marieta se puso á la puerta de su casa á la hora en que todos los días pasaba por delante de ésta Jusepet é iba á la *masía* del Coll á ver á su novia, en cuanto volvía del trabajo.

—Buenas tardes, Marieta—dijo él al verla.

—Noches dirás, porque ya está oscureciendo. Oye Jusepet, tengo que decirte una cosa.

—¿Qué?

—¿Estarás muy orgulloso?

—¿Yo! ¿De qué?

—De tu novia. A todo el mundo llama la atención por lo guapa. Anoche dijo el jefe de la tropa, en mi casa, que era la mujer más hermosa que había conocido. Ya ves tú, un señor como ese, á quien se disputan las más hermosas damas de la corte, según nos dijo su asistente.

—¿Y cuándo la ha visto?

—Ayer por la tarde que se detuvo la tropa en la *masía*. Por cierto que dijo también ese señor, que Marta había estado muy amable.

—¿Y es eso todo lo que tenías que decirme?

—Creí que te agradaría saber lo bien que parece tu novia á gente de gusto tan delicado, como ese señor que está emparentado con duques y marqueses. Me pareció oírle que vendría con frecuencia al pueblo.

—Adios, Marieta; dijo Jusepet, y siguió su camino con aire indiferente.

—Adios, Jusepet, que te diviertas; contestó Marieta, en cuyo rostro resplandeció maligna alegría. Había conseguido su objeto. Jusepet llevaba el veneno dentro del cuerpo. Adivinaba Marieta su entrevista con Marta.

No se equivocó en sus cálculos. Por primera vez, desde que eran novios, Jusepet estuvo desabrido con Marta y la pidió celos.

—Ya sé que estás muy amable con los militares—la dijo.

—¿Porqué dices eso?—preguntó ella muy ofendida.

—Por nada. Me han dicho que ayer tarde estuve de mucha conversacion con el jefe de la tropa que pasó por aquí.

—¿Yo! ¿Y quién te ha dicho semejante mentira?

—El mismo se hajactado de ello. Por cierto que le has gustado mucho. ¿Acaso no es verdad que estuvo aquí?

—Sí; y también lo es que me requebró. Ya ves como no te oculto la verdad. Pero yo, ni le contesté, ni le hice caso.

—¿Con que te requebró y ni le contestaste si quiera?—preguntó con ironía Jusepet.

Marta se echó á llorar. Sus lágrimas conmovieron al joven que, comprendiendo lo injusto de sus sospechas, la pidió perdón por haberla ofendido sin razón alguna para ello, pero no logró Marta que le digese quién le había ido con el cuento. Cuando al despedirse de su novio cerró la ventana, á que se había asomado para hablarle, rompió á llorar de nuevo. Había sido aquella nubecilla, la primera en el cielo hasta entonces límpido de su amor, pero un triste presentimiento la decía que muy bien pudiera ser anuncio de terribles tempestades.

Trascurrieron algunos días sin que la más insignificante contrariedad turbara la venturosa paz, los dulces coloquios amorosos de los novios, hasta que la vuelta de la columna al pueblo abrió de nuevo en el corazón de Jusepet, la herida que en él había abierto la venenosa mordedura de los celos, y fué motivo de que se reprodujera punto por punto, aunque con mayores proporciones, la violenta escena que acabamos de referir. Era domingo. El bullicio y algazara que en el pueblo promovían los soldados, llegaban á los oídos de Jusepet como ecos desgarradores de tristes sonidos. Para no oírlos y acallar las inquietudes de su alma, que él mismo encontraba injustificadas, pero que le atormentaban cruelmente, se encaminó á la *masía* del Coll para hablar con su amada. Marieta le vió y se hizo la encontradiza con él.

—¿Vas á la *masía*?—le dijo.—Por allí ha ido también de paseo el Comandante. Dice que son preciosos los alrededores. Muy posible es que te le encuentres.

Jusepet alzó los hombros en señal de indiferencia, y, sin contestar una palabra, siguió adelante. No obstante, cuando dobló la esquina de la calle por donde pasaba la carretera de Girona, se detuvo y vaciló un momento, dudando si retroceder ó seguir; temía no ser dueño de sí al encon-

trarse con aquel hombre aborrecido. Por fin se decidió y continuó su camino.

Al llegar cerca de la *masía*, toda la sangre le afluyó al corazón y sintió deseos de matar. El Comandante venía en dirección opuesta á la que él llevaba, con la cabeza vuelta hacia atrás, y, tan abstraído en mirar las ventanas de la casa, que no vió al joven. Habíase quedado inmóvil éste en la cuneta del camino que estaba al otro lado de la *masía*, como si fuese una estatua, sin dar otras señales de vida que la nerviosa contracción de sus puños y la furibunda mirada que fijó en su rival, sin desviarla de él hasta que le perdió de vista.

Etonces, con ademanes de loco, se acercó á la *masía*, cojió una piedra y la tiró contra la ventana que estaba cerrada, y al poco rato otra, y luego otras.

—¿Pero estás loco? ¿Qué pedrea es esta? ¡Por poco me matas,—exclamó Marta abriendo la ventana y asomándose á ella, al mismo tiempo que la última piedra lanzada por Jusepet entraba en la habitación con tal violencia que, á no apartar la cabeza, lo hubiese pasado mal la joven.

—¿Mas valiera!

—¿Jesus, qué bruto! ¿Pues qué te he necho?

—¿Ha estado aquí el Comandante?... En la *masía* le he visto yo...

—Sí, ha estado. ¿Y qué?—replicó la joven muy ofendida.—¿Volvemos á las andadas?

—¿Y habrás hablado con él! ¿Cómo si lo viera!

—No, no he hablado con él. ¡No pongas esa cara de demonio! Despues del mal rato que me hicistes pasar el otro día, ya me guardaré yo de que me vea siquiera.

—¿Pues que ha estado haciendo en la *masía* desde que vino?

—Pues, comer y beber. Primero pidió un vaso de agua; Ramona se le dió. Dijo despues si le podrían freir un poco de jamon, Ramona se lo sirvió. Todo esto más bien por señas, que con palabras, porque ya sabes que Ramona no entiende una palabra en castellano y habla en catalán muy cerrado para que él comprendiera nada de lo que le decía. Todo esto lo estaba yo observando por la trampilla que sabes hay en el suelo, en el cuarto de mi padre. Trató el hombre de trabar conversacion; no le fué posible por que los dos se quedaban á oscuras, y aburrido, se fué. ¿Es ese motivo para que mires así, y me apedrees, y sientas no haberme abierto la cabeza?

—Es que el comandante se ocupa mucho en tí.

—¿Y qué quieres que le haga? ¿Acaso le he dado yo pié? ¿Pues entonces?—Te estás poniendo muy odioso con tus tonterías.

—¿Es, que si yo supiera!

—¿Es que si tu supieras! ¿y qué has de saber que no sepas ya? Que te quiero mucho, y que no merezco que me trates así.

—¿Voy á matar á ese hombre!

—Eso es, y creerán que yo he dado motivo.

—Es, ¡que si le dieras!—exclamó Jusepet con tono amenazador.

—Mira, mira, tú has bebido sin duda, y yo no estoy para oír barbaridades. Cuando vengas en tu juicio, hablaremos.—Y diciendo ésto, se retiró de la ventana y la cerró.

Jusepet la llamó con insistencia y, viendo que era inútil, se volvió al pueblo hecho una furia.

## III.

Sentada en un sillón de brazos, cerca del hogar, con un rosario en las manos la madre de Marieta, imposibilitada más por los achaques que por los años, dormita ó reza. El asistente del Comandante, en cuclillas junto á la lumbre, guisa la cena de su amo, mientras Pepeta, la rolliza criada del señor alcalde, friega la vajilla. Marieta, sentada en un escaño debajo de la campana del hogar, sigue con sus negros y soñadores ojos embellecidos por los brillantes reflejos de la llama que ondea, las espirales de humo que suben hasta perderse por la ennegrecida chimenea: un reloj de de *cuco* las ocho, Marieta sale de su abstraccion y dice al asistente:

—Mucho tarda tu amo.

—De juro que hay faldasde por medio.

—Segun eso crees tú que alguna moza...

—Ni creo, ni dejo de creer. Ello algo es. El sargento Perez me ha dicho que no había *necesidad ninguna* de que pasáramos hoy por aquí y cuando mi amo vuelve á un pueblo...

—¿Qué?

—Á alguna le duele á los nueve meses—dijo el asistente riéndose estúpidamente de su torpe gracia.

—¿Tan enamorado es?

—Anda, anda; poquito que le gustan á él los zagalejos cortos y las medias de color... Y que no *arrepára* en pelillos.

—¿No tiene novia en Madrid?...

—¡Nóvia! ¿si no tuviera más que nóvias! Pobre señora!

—Pues que, ¿es casado?

—Patrona, que yo no he *icho nda!* ¡Pues si él supiera que...!—replicó Juan muy asustado de su propia indiscreción, y volviendo la cabeza para mirar con la mayor zozobra á la puerta como si temiera ver á su amo aparecer de improviso en el umbral.

—No tengas cuidado, tonto, yo no se lo he de decir.

—Pues, sí, patrona, es casado, y con una señora *mu prencipal* y que es como unas perlas. Hará unos dos meses tóo lo más. La familia de ella no quería por la mala cabeza de mi amo, pero ya se sabe... la de siempre.—Las señas mujeres se pirran por quien ménos lo merece... ó las quiere... Marieta suspiró.

FRANCISCO MARTIN ARRÚE

(Se continuará)

## REVISTA DE MADRID

Triste es, realmente, la quincena trascurrida y orlada de luto debía aparecer la relación de los sucesos en ella acontecidos. Se vé en ella la autoridad dejándose arrebatar por pasiones como la cólera, de las cuales debía mantenerse apartada; jóvenes escolares cazados como fieras en la calle, en los rincones, en las aulas y hasta debajo de las mesas; ilustres catedráticos groseramente escarnecidos; la Universidad asaltada; la fuerza ciega, la fuerza material tomando á saco el recinto del derecho.

No es este lugar el más á propósito para narrar uno tras otro los hechos cuya sola relación colora el rostro, ni la narración sería tampoco oportuna despues de los días trascurridos y cuando los periódicos diarios se han encargado de publicar al minuto las palpitaciones de ese gran cuerpo que se llama opinión pública. Hay en la vida faltas de que uno no quisiera acordarse; rasgos de debilidad sobre los cuales llama el hombre la influencia benéfica del olvido. Eso nos sucede á nosotros con esa gran falta, con esa gran debilidad que ha dado en llamarse la *Santa Isabel*, como hace diez y nueve años se llamó la *San Daniel* otra jornada no ménos funesta. Hagamos por olvidarla todos, porque todos hemos sido culpables: las autoridades, de fuerza; los hombres honrados, de flaqueza. En el fondo de nuestra alma, independiente de nuestra voluntad, ageno á todo espíritu de secta ó bandería política ó religiosa, debe vivir un sentimiento noble que nos lleve á proteger al débil atropellado contra el fuerte atropellador; y, no obstante, ese sentimiento no ha encontrado forma en que manifestarse. Testigos de lo que juzgáramos una falta de humanidad, no nos hemos indignado, hemos asistido impasibles al hecho censurable, sin meternos por medio de ese grupo repugnante de un guardia maltratando á una criatura, abriendo la cabeza á un niño de doce años ó hiriendo á un estudiante de catorce... Olvidemos lo que ha pasado. Tengamos siquiera el sentimiento de que hemos hecho mal. ¡Todos! ¡Todos!

Otra vez la amenaza del cólera suspendida sobre nuestras cabezas como la espada de Damocles; otra vez las ciudades acordonadas, los lazaretos establecidos, el miedo en el corazón y el terror en los ojos. El cólera que reapareció en Francia causando víctimas en París, se nos ha metido en España de un salto, y, como *touriste* inteligente, la primera ciudad que visita es Toledo. Así se ha declarado oficialmente; así lo han dicho los alumnos militares licenciados para disminuir los riesgos de la acumulación. El cólera está en Toledo, y á su solo anuncio los cobardes han sentido escalofríos de aprensión.

Y, sin embargo, para los que conocen la vieja ciudad de los recuerdos históricos y las leyendas populares, el cólera es el más pequeño de los males que la afligen en este momento. Hay algo peor que el cólera para ella, y es la muerte de su comercio, la pérdida de su industria, el alejamiento de la vida, la muerte por asfixia y soledad, por falta de aire respirable y condiciones de existencia.

Porque Toledo no es una ciudad, sino el osario de aquella renombrada capital de los visigodos, á quien hicieron famosa los árabes y que llegó á su apogeo en los tiempos del Emperador: fantasma de algo que vivió y fué grande y potente, hoy yace en el abandono, fría, helada, cobijándose a la sombra de sus monumentos, tendida á la margen del Tajo, con la cabeza reclinada en los góticos calados de su Catedral inimitable y los pies perdidos en la verdura de su riante vega, semejante á una hermosura abandonada, á una reina de cuyas sienas arrebató el viento la corona que la adornaba. Mudos están sus templos, muda su Catedral, mudos sus campos. En sus revueltas callejas, en sus retorcidas encrucijadas no suena un grito, ni un rumor. Los palacios de Galiana no tienen ya aquellas maravillosas clepsydras que seguían como por arte de encantamiento el curso de los astros; la sinagoga de Samuel Levy no repite ya el monótono rezo de los rabinos sraelitas, ni por los agimeces de su vieja mezquita asoma la jiljeta de los *muezines* musulmanes. No pasa ya bajo el arco

moruno de la Puerta del Sol ó el Portillo de la Victoria la yegua torda que guiaba segura la mano del ginete sarraceno; no alfombran ya su vega los alquileles de los soberbios almohades; no se oye en sus Casas Consistoriales la voz de los comuneros trémula de indignación, vibrando ronca en defensa de sus fueros y su libertad. Toledo duerme sobre las ruinas de su grandeza y entre las tumbas de sus hijos.

En esta gran ciudad, en esta gran ruina, ha venido á establecerse la vida, tal y como en un cuadro contemporáneo se vé una paloma haciendo nido en un casco abollado, reliquia de una batalla dada en aquel sitio hace muchos años. Para los que fuera de allí, oyen las voces que cantan ó gritan, y el martilleo del trabajo y ven el hormigueo de la existencia. Toledo ha resucitado, pero no es así, porque Toledo murió y los muertos no resucitan más que en las leyendas religiosas. Todo ese movimiento de industria, de comercio, es puramente ficticio. Lo da la población flotante que es muy numerosa. Toledo no es una ciudad viva, sino una ciudad galvanizada. También la luna nos parece un astro análogo á los demás porque brilla en nuestro cielo y alumbrá nuestras noches, pero esa luz no es suya, sino del sol, y no por reflejarla está la luna ménos muerta. Todos los elementos vitales reunidos en Toledo no han conseguido darla sino una apariencia de vitalidad. Vive lo que en Toledo anda y se mueve, pero la ciudad sigue en el mismo estado en que se hallaba hace ya siglos.

Por eso digo que hay algo peor que el cólera para Toledo. El cólera es la enfermedad, sólo, y lo que ahora la amenaza es el abandono. Ante la terrible presencia del cólera han echado á correr los alumnos militares, que son una gran fuente de riqueza, se ha cerrado el Seminario, huirán los estudiantes y se dispersarán los candidatos á cadete. Toledo quedará entregada á sí misma, silenciosa, inmóvil, sin poder atender á las necesidades que la han creado las exigencias de su situación en estos últimos tiempos, muerta, tan muerta como las estatuas yacientes de sus arzobispos, de sus caballeros, de sus reyes, tendidas eternamente sobre el mármol en las capillas silenciosas bajo las arcadas de su sublime catedral.

Lo mismo en Toledo que en París, la epidemia se presenta benigna. Los médicos que siguen la marcha por Europa del terrible mal, creen reconocer en él cierta tendencia á tomar el carácter endémico con que hoy se presentan otras enfermedades que antes solo nos visitaban de cuando en cuando. Es decir, que al cólera le hemos gustado los europeos y piensa establecerse entre nosotros.

Gracias le sean dadas por distinción que tanto nos honra. Desde hoy, y como si aún fueran pocas las calamidades que tenemos encima, contamos con otra más. El hombre marcha al bien, á la perfección, y cuanto nos rodea se perfecciona. Hasta el cólera se cree en el caso de civilizarse. ¡Todo sea por Dios, ya que ha de ser por alguien!

Fuera de estos dos grandes motivos de conversación, ninguna otra cosa ha ocupado á los madrileños en la pasada quincena. Primero se habló del cólera; luego del atentado de la Universidad, que ha sido como un caso fulminante. La protesta de los catedráticos, digna y decente, aunque de pocos resultados prácticos; la contra-protesta débil y vergonzante de algunas almas buenas, que están á lo que cae, la cuestión del Ayuntamiento, y demás sucesos relacionados con la *Santa Isabel*, han absorbido por completo la atención. Aparte de esto hay que ir al teatro Español ó á los escaparates de las librerías para tener algo, muy poco, que contar.

Púsose en escena *El Desheredado*, de Valentin Gomez, y su representación fué un éxito de los que ahora se acostumbra. Muchas palmas, muchas aclamaciones al autor la noche del estreno, muchas alabanzas al otro día en los periódicos, seis ó siete noches en el cartel y, al cabo de ellos, la indisposición de un artista. Poco más, poco ménos, lo mismo que *El Hermano Baltasar*, estrenado poco antes en Apolo. En lo que va de temporada ni un éxito verdadero, indiscutible. No parece sino que nuestros autores dramáticos se han declarado en huelga y no quieren ó no pueden escribir.

¿Será verdad que el teatro agoniza? ¿Será verdad que la escena española, cuyos cimientos echaron Lope de Vega y Juan de la Encina, que levantó sobre sus robustos hombros el gran Lope de Vega, y por la cual pasaron Calderon, Alarcón, Tirso y tantos otros, está condenada á morir miserablemente? ¿Qué cosa puede motivar esta anemia que consume nuestro teatro?

No es, seguramente, la falta de hombres de talento. Ahí está el mismo autor de *El Desheredado* que no nos dejará mentir. Talento tiene y condiciones para hacer una obra que dure; empeñado lleva algunos años en la consecución de este deseo. ¿Cómo no puede darle cima? El busca la senda, y la busca tenazmente; quiere llegar al corazón del público, pero el público, como una gran coqueta, no se deja conmovir. Le oye con atención, con gusto á ratos, pero no quiere su compañía, no se le rinde, no se le entrega, no le dá ese supremo goce de la posesión con que sueña todo artista. ¿Será del público la falta? ¿Será que arrastrado por la tendencia dominante busca éste en el teatro lo que el teatro no le puede dar? Asunto grave de meditación para los críticos, que cargan sobre el autor toda la culpa; deficiencia notable

de los preceptistas, que cuando el autor les pregunta qué condiciones ha de tener la obra de arte, sólo le dicen como única indicación: Ser bella.

Se anuncian otras obras. Veremos si entre ellas hay alguna que quede en el repertorio.

Entre los libros últimamente publicados y que tengo sobre la mesa, hay uno verdaderamente notable, y que, si no mucho provecho, ha de dar mucha honra al joven escritor que le ha dado á luz. Es, como su título indica, una *Colección de poesías de un cancionero inédito del siglo XV*, y está sacado de un viejo manuscrito existente en la Biblioteca de Palacio. D. Alfonso Perez Gomez-Nieva, conocido como poeta y periodista en la República de las letras, le halló un día, leyó las primeras hojas por curiosidad y, tomado ya el gusto, las restantes, comprendió que podía prestar un servicio á la historia literaria, sacando á luz esas preciosas poesías amenazadas de muerte por el estrago de los tiempos, y enseguida se puso á la obra con una aplicación y una constancia, «mas propias de la edad madura que de los floridos años del autor,» como dice el Sr. Cañete en una carta con que encabeza el Cancionero.

No es esta obra para juzgada de improviso, ni para examinada en pocas líneas; antes bien, requiere largo estudio que no cabe en los límites reducidos de una nota, pero basta su simple enunciación para que se comprenda toda la importancia del trabajo. Album precioso en que se pone á contribución el ingenio de muchos autores, todos ellos acudieron al llamamiento del incógnito colector que reunió sus poesías como se reúnen rosas en un ramo. En sus páginas, cuidadosamente transcritas por el Sr. Perez Gomez-Nieva, hallamos nombres conocidos los más, y algunos ignorados hasta ahora, y cada cual trae un dato interesante por la estructura del lenguaje ó las combinaciones de la rima: cada cual habla la lengua de su tiempo, expresando los sentimientos que al escribir le dominaban, y trasportándonos á esa época distante que encierra la menor edad de la poesía castellana y en que el poeta, poseído de la necesidad de amar, no comprendiendo la vida sin la mujer que la embellece, canta el amor tal como lo siente, y, cuando no, tal como le concibe. Para los que comprenden la gran significación de esos ecos perdidos de la musa española, ese cancionero tiene un valor inestimable, y al darlo á luz el Sr. Perez Gomez-Nieva, se ha hecho acreedor á la gratitud de los amigos de las letras. Numerosas notas y un bien escrito prólogo en que diserta largamente sobre la manera de ser de la poesía cortesana y la importancia de los poetas eruditos populares, aumentan el mérito del libro de que tan ligeramente damos cuenta y por cuya publicación felicitamos á su autor.

L. GINER ARIYAU.

## BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

Préstamos á largo plazo al 6 por 100 en metálico

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la fincalibre para el propietario, sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que embolsar parte alguna del capital.

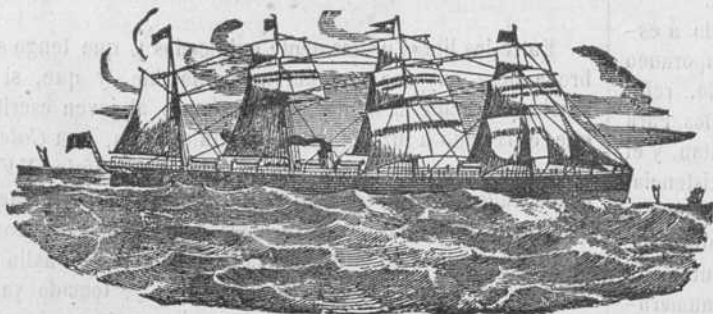
### Préstamos á corto plazo

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos para el fomento de la Agricultura y construcción de edificios.

### Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.—Los intereses se pagan semestralmente, en 1.º de Abril y en 1.º de Octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.—Los que deseen adquirir dichas cédulas, podrán dirigirse: en Madrid, directamente á las oficinas del Banco Hipotecario, ó por medio de agente de Bolsa; y en provincias, á los comisionados de dicho Banco.

# ANUNCIOS



## SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO RICO Y HABANA

con escalas y extensión a

AS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO  
Salidas trimensuales de Barcelona, el 3; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes: para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20, y Coruña, el 21: para Puerto-Rico y Habana.  
Barcelona, el 23; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30: para Puerto-Rico, con extensión a Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión a Santiago, Gibara y Nuevitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla; Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Noviembre

El 10, de Cádiz el vapor *Ciudad de Santander*.  
El 20, de Santander el vapor *Cataluña*.  
El 30, de Cádiz el vapor *Antonio Lopez*.

## VAPORES-CORREOS A MANILA CON ESCALAS

EN PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBÚ

Salidas mensuales de Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.  
El vapor *Venezuela* saldrá de Barcelona el 1.º de Diciembre.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

BARCELONA.—La Compañía Trasatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.

CADIZ.—Delegación de la Compañía Trasatlántica.

MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.

LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.

SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.

CORUÑA.—D. E. da Guarda.

VIGO.—D. R. Carreras Irigorri.

CARTAGENA.—Bosch hermanos.

VALENCIA.—Dart y Compañía.

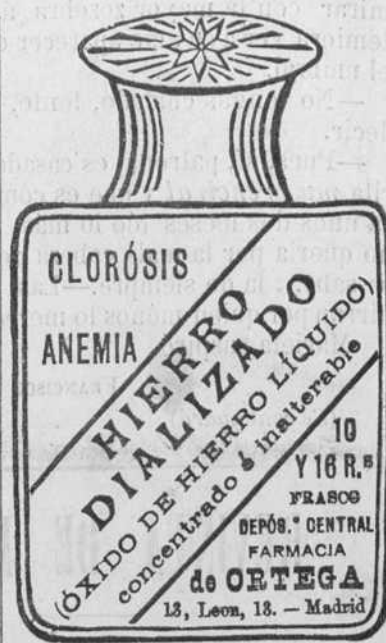
MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.

## Capsulas de Sulfato de Quinina de PELLETIER O de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres ARMET DE LISLE y C<sup>ia</sup>, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir a su fabricación la de pequeñas cápsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las píldoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Cápsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más enérgico que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da a los órganos digestivos una energía que se comunica a todo el cuerpo y le permite resistir a la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne  
Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS

CORAZAS Y CORSÉS-FAJAS  
DE

**FAUSTO ALDECOA**

Calle Imperial, 8

Esquina a la de Botoneras

Madrid

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles.

Especialidad en los corsés fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

## DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la dentición, pues los salva aun en la agonia, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanija. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

## JARABE DE RÁBANO IODADO

De GRIMAULT y C<sup>ia</sup>, Farmacéuticos en Paris

Desde hace veinte años este medicamento da los resultados más notables en las enfermedades de la infancia, reemplazando de una manera muy ventajosa el aceite de hígado de bacalao, el jarabe antiescorbútico y el yoduro de hierro.

Es un remedio soberano contra los **Infartos e Inflamaciones de las glándulas del cuello**, el **usagre** y todas las erupciones de la piel, de la cabeza y de la cara; excita el apetito, tonifica los tejidos, combate la palidez y la flojedad de las carnes y devuelve a los niños el vigor y la vivacidad naturales. Es un admirable medicamento contra las **costras de leche**, y un **excelente depurativo**.

**IMPORTANTE**: Los admirables efectos de este medicamento, consagrando su aceptación, han provocado numerosas falsificaciones e imitaciones sin valor alguno. Para obtener el legítimo y eficaz Jarabe de Rábano iodado, exijase en cada frasco la marca de fábrica, el sello azul y la firma de GRIMAULT y C<sup>ia</sup>, además grabada en el vidrio.

Depósito: 8, Rue Vivienne y en las principales Farmacias y Droguerías

## COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada, bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Vergara, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados, 1, administrador de la obra.

## ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composturas.

Sanchez.—Carretas, 22, tienda

## Almacén de relojes

DE TODAS CLASES

(Venta al por mayor)

GIROD Y FONTANEZ

ESPARTEROS, 8, PRAL.

## DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO

DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español a dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 3, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 a 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix, Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Carmen, 13.

Un matrimonio sin hijos desea colocarse de porteros u otra cosa análoga: él ha servido en el ejército y está versado en contabilidad; ella sabe planchar y guisar.

Informarán Tesoro, 25, 2.º derecha.

RINCON, TAPICERO

Decoración, gusto y novedad en tapicería. Colgaduras y gabinetes, Muebles forrados de fantasía y capricho.

110—HORTALEZA—110

(Frente a San Anton)

SE VENDE

un pagaré de rvn. 80.444, suscrito por D. Félix Moreno Queglés, banquero almacenista de frutos coloniales establecido en la calle Mayor, número 23; darán razón Mayor, núms. 103, 110, pral. de 9 a 12.

MADRID: 1894

Imp. de EL PROGRESO s. c. de B. Laachare, Salesas, 2, duplicado, bajo.